



SEPTIEMBRE DE 1906.

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

PORFIRIO DIAZ.

El día 15 del presente Septiembre, celebró la Nación el natalicio del Sr. Presidente de la República. En medio de los regocijos generales por la celebración de la Independencia, el pueblo de Hidalgo y de Morelos levantó sus entusiastas loores por el gran héroe de la guerra y de la paz en la patria de Cuauhtémoc.

La "Revista Moderna de México" desea muchos y felices años al Sr. General Díaz, para bien de la patria.



DISCURSO CÍVICO

pronunciado

el 16 de Septiembre de 1861, en la Alameda de México, en memoria
de la proclamación de la Independencia.



Lic. Ignacio Ramírez.

CONCIUDADANOS:

Hacer de la fraternidad el grito de guerra para una nación oprimida, y la cuna de sus instituciones, no fué la inspiración de Moisés, que sobre todas las clases levantó al levita, ni fué el programa de Mahomet, que con la sangre de los infieles alimentaba su espada, ni ese acento de redención se escapó de los labios de Washington, que antes bien, á ejemplo del primer Bruto, retiró el manto de la República de las espaldas del esclavo: sólo el grande libertador de México ha tenido valor para llamar, las primeras, bajo su glorioso estandarte, á las turbas envilecidas. Hidalgo, en la aurora del 16 de Septiembre de 1810, arrojó el guante, no solamente á los españoles, sino á la nobleza, al clero, á todas las autoridades, á

todas las clases, á todas las razas, á todos los individuos que pudieran tener la pretensión de colocarse más arriba de la soberanía popular; nosotros, los que como título de nobleza legaremos á nuestros hijos la herencia de nuestros padres, un lugar en lo que el orgullo y la ambición llaman la vil muchedumbre, en este glorioso aniversario, recordamos las hazañas de aquel caudilio que puso bajo nuestros pies todas las coronas que no podía ceñir á su frente, todos los cetros que no podía colocar en nuestras manos, y que supo improvisarnos un trono del suelo nacional, y un dosel del estrellado firmamento.

Descubra la ciencia de mi patria las momias de cien épocas enterradas por cien diluvios bajo las bases del Popocatépetl y del Ixtaccihuatl; niegue si quiere la historia que el cielo estrechó entre sus brazos un día á la virgen América, y la dejó fecundizada, alejando sus amores para ocultarlos del harem donde prodigaba sus caricias al Asia, á la Africa y á la Europa, y declárense razas expósitas todas las que poblaron en los primeros tiempos el Nuevo Mundo; yo sólo sé que los reyes desde entonces se aclimataron muy mal en el suelo mexicano; yo sé que las instituciones se levantaron hasta la República; la arquitectura hasta los palacios y los templos; la poesía hasta la epopeya, y la ciencia hasta encerrar los días del año y las estaciones en un círculo de pórfido, desde cuyo centro el sacerdote revelaba la expedición misteriosa del sol por el Zodiaco; y yo sé que entre esas naciones se presentó la azteca, guiada por un genio sobrehumano, que en el canto de una avecilla le clamaba sin cesar: adelante! adelante! desde tan antiguo apareció en nuestra patria el oráculo de la reforma. Pero esa nación cayó luchando con Cortés, y tardó tres siglos para curarse de sus heridas.

También en el sistema colonial nuestra atmósfera fué funesta para los conquistadores, como antes lo había sido para los monarcas; los guerreros de Granada, de San Quintín y de Lepanto, aquí se transformaron en bandidos; los sabios que en las cátedras y en los concilios europeos resucitaban la historia, aquí incendiaron sus tesoros; sólo el clero allá quemaba á los herejes, á los judíos y á los moros, y aquí fabricaba milagros; podía el español en su patria alimentarse con algunas ambiciones generosas; podía distinguirse como héroe ó como sabio, pero al llegar á Veracruz, encontraba sobre la plaza escrito: *Lasciate ogni speranza oh voi chi entrate!* La clase dominadora, la raza privilegiada, despojándose de su inteligencia como de una arma prohibida, se entregaba á movimientos automáticos, dirigidos por el reloj de la parroquia más cercana; el primer repique del campanario, prescribía las prolongadas oraciones de la mañana; el segundo llamaba á misa, y después, de hora en hora, hasta entre los placeres del lecho, continuaban los ejercicios piadosos; y la siesta y las repetidas comidas, y el juego, no dejaban á las ocupaciones del hombre laborioso sino cuatro horas del día.

Así vivía la nobleza; pero la turba, sin contar con otro capital que con su trabajo, no sabía dónde colocarlo; tras de las horas consagradas á la devoción, y tras de las falanjes de días festivos, encontraba cerrados los puertos por el sistema prohibitivo, incendiaba la viña, el tabaco y la morera por el monopolio, ocupados los primeros puestos por los extraños, y la inteligencia, recogidas sus alas y palpitando asorada entre las manos de la inquisición. Por eso es que, en hombres y en mujeres, el modelo de la vida era el convento; el fraile y la monja se reproducían en el mundo con sus trajes, sus vicios, sus costumbres y sus preocupaciones. ¿Cómo es que

donde antes se rezaba, ahora se piensa? ¿Cómo es que el espectro de la conquista, que guardaba nuestros puertos, ha permitido la entrada á las banderas de todas las naciones, y saluda respetuoso la nuestra? ¿Cómo es que la ciencia, el comercio, la industria, y la libertad y la reforma, como el oro inagotable de una nueva California, se encuentran regadas por el suelo á merced de todas las razas desheredadas? ¿Cuándo, cómo se verificó ese prodigio?

Al desembarcar en Veracruz el Virrey D. Francisco Javier Venegas, sintió bajo sus pies, que la parte del Nuevo Mundo encomendada á su gobierno, se estremecía, anunciando una vasta explosión revolucionaria; Hernán Cortés se hubiera regocijado ante esa promesa de lucha y de rapiñas; pero hacía tiempo que los representantes de la monarquía española no venían á buscar los agüeros del combate, sino á esquilmar á los pueblos sin encontrar resistencia; y Venegas, fugitivo de los campos de batalla, donde sospechaba una lucha, trémulo, se imaginaba ver la sombra de sus derrotas. Sin embargo, á proporción que se acercaba á la capital del virreynato, el horizonte político le sonreía, cambiando sus densos nubarrones en un iris de paz y de riqueza. La conspiración existía, pero estaba descubierta; los traidores, como los reptiles venenosos, se agitan cuando la tempestad se acerca y la denuncian; Dios los coloca en el sendero de los héroes, y ellos, repudiando una noble alianza, se anticipan á los acontecimientos, y se complacen en la popularidad de su ignominia y en la grandeza de su crimen. En pos de los denunciadores se extendió por toda la Nueva España la policía civil, alumbrada por la policía religiosa; y sin saberlo, ya aprisionados dentro de un edificio de cristal, trabajaban los conjurados. Contados estaban sus días; el virrey, la audiencia, la inquisición, habían designado sus

víctimas, y mientras las sangrientas órdenes se cumplían, la pretendida corte, en medio de una saturnal prolongada, rendía sus profundos homenajes al bajá recién llegado. Los españoles no conservaban sino ese oculto terror que los tiranos y los supersticiosos tienen siempre al ruido de sus propios pasos; los que marchan sobre tumbas, temen que se despierten los que duermen en ellas.

Es uno de los misterios de la fatalidad, que todas las naciones deben su pérdida y su baldón á una mujer, y á otra mujer su salvación y su gloria; en todas partes se reproduce el mito de Eva y de María; nosotros recordamos con indignación á la barragana de Cortés, y jamás olvidaremos en nuestra gratitud á Doña María Josefa Ortiz, la Malintzin immaculada de otra época, que se atrevió á pronunciar el *fiat* de la Independencia, para que la encarnación del patriotismo lo realizara. La hermosa y apuesta dama, con el delirio y la impaciencia que produce el fuego de los afectos en los corazones de un temple superior, sorprende el horrible secreto de los tiranos, y envía á un mensajero para decir á Hidalgo: en pos de estas letras van la prisión y la muerte; mañana serás un héroe ó un ajusticiado; en esta revolución está la pérdida de mi libertad; pero este sacrificio no será estéril, porque sé que me mandarás en contestación el grito de Independencia.

¡Honor á esa mexicana en cuyo noble pecho se adunaban las virtudes varoniles con las virtudes más dulces que decoran el sexo á que pertenecía! ¡Qué ánimo tan generoso se necesitaba entonces entre los dijes del tocador, y las devociones del oratorio, y las preocupaciones de raza, y el orgullo de una clase distinguida, para comprender el amor á los esclavos, para transportarse á la esfera de la democracia, para desoir los anatemas de la Iglesia, para des-

deñar los insultos de parientes y amigos, para estrechar entre sus brazos, cubiertos de gasas, al ensangrentado pueblo, y para sacrificar marido, hijos, hermosura, riquezas, todo, por dirigir, desde las rejas de una prisión, el primer saludo á la patria!

Una criatura tan privilegiada por la naturaleza y por la gloria, encuentra en su tumba lo que nunca ambicionó en su florida juventud y en un espléndido círculo de entusiastas adoradores; arrebatada á la muerte por la imaginación popular, y transportada á los jardines encantados de la leyenda, si abandonase alguna vez su nebuloso palacio para sonreír de nuevo sobre la tierra, vería á sus pies las ovaciones del legislador, la envidia de las hermosas, el aplauso de la multitud, la espada del guerrero, y la lira de los poetas; pero tus miradas amorosas, María Josefa Ortiz, se dirigirían impacientes hacia tu pueblo emancipado, y después, sibila de la libertad, te volverías hacia el espíritu del varón digno que supo realizar tus oráculos de vida y de progreso, y desapareceríais juntos tras los dorados velos del espacio.

Las sombras de la noche descubren siempre un fácil sendero á las atrevidas empresas y á los fieles mensajeros del destino; el enviado de la heroína saludaba en silencio al pueblo de Dolores; había caminado en medio del caos para regresar al día siguiente bajo el sol de un nuevo mundo, entre los prodigios de una creación improvisada, como la del Génesis. Dijo Dios: —sea la luz,— y la luz apareció brotando por todos los poros del Universo, no extendiéndose en apacibles ráfagas como las que engalanan la aurora; ni con los variados matices que se complece en ver el polo sobre el manto de la noche, ni ondeando en el espléndido velo con que Iris encubre al sol su faz ruborosa; sino fulminante, tremenda, como un volcán sin límites, según lo atestiguan los astros que arden todavía,

los planetas convertidos en escorias, los fragmentos de mundos que pueblan el espacio, la vía láctea, cubierta con las cenizas de la catástrofe, los torrentes de lava corriendo por la inmensidad, y la ennegrecida tumba del caos, y la carbonizada cuna de todo cuanto existe. Así son también en el mundo social solemnes y aterradores los primeros cataclismos; el infierno precede al paraíso. La aparición de México se verificó entre una tempestad de rayos, que no se apaga todavía; felicitémonos porque nos ha sido dado contemplar este espectáculo sublime, aun cuando seamos sus víctimas; ¡silencio y confusión para los cobardes!

¿De dónde venimos? ¿á dónde vamos? este es el doble problema cuya resolución buscan sin descanso los individuos y las sociedades; descubierto un extremo se fija el otro; el germen de ayer encierra las flores de mañana; si nos encaprichamos en ser aztecas puros, terminaremos por el triunfo de una sola raza, para adornar con los cráneos de las otras el templo del Marte americano; si nos empeñamos en ser españoles, nos precipitaremos en el abismo de reconquista; pero no! jamás! nosotros venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo, y nacimos luchando como nuestro padre, por los símbolos de la emancipación, y como él, luchando por la santa causa, desapareceremos de sobre la tierra.

La vejez le había dado sabiduría y majestad, sin agostar en su pecho las pasiones de una edad florida y sin apagar las luces de la inteligencia; quiso un día ser sabio, y fué sabio; pero la Universidad le cerró sus puertas; quiso un día entronizar una industria en México, y los gusanos de seda le donaron sus regias vestiduras; pero el monopolio extranjero entregó á las llamas sus rivales; quiso ser agricultor y las viñas le sonreían desde los collados; pero la espada ibera decapitó sus racimos;

fecundo en proyectos benéficos y audaces, siempre encontraba al Gobierno español cerrándole el camino. Si había sufrido las penas del labrador, del industrial y del sabio perseguido, también se había iniciado con los que sufren, por medio de los inocentes goces de la familia; en ésta entra el porvenir el día que nos nace un hijo, y su cuna es un altar consagrado á la esperanza. ¿Cómo arrancar del pecho de un padre la patria, cuando tiene entre sus brazos á quien dejarla por herencia? Los semidioses entre los bárbaros simbolizan la fuerza y la hermosura; pero en las naciones civilizadas la fuerza se convierte en sabiduría y la hermosura en amor; el conocimiento de todas las ciencias, el amor de toda la humanidad, el representante de todos los padecimientos, éste fué Hidalgo. Felices los que sufren si se sienten con una voluntad superior á los caprichos del destino; la humillación despierta su orgullo, el dolor alumbra su inteligencia, y sus órganos encallecidos encuentran fuerzas suficientes para imponer la ley á sus contrarios, para levantarse sobre las generaciones humanas, y para revelarse, como una nueva divinidad, ante los pueblos asombrados.

En las aldeas obscuras es donde se encierran los grandes pensamientos del destino; en Dolores se encontraba Hidalgo cuando, al recibir el mensaje de la heroína, se sintió tocado simultáneamente por la mano de la muerte y por la mano de la gloria; volvió los ojos adonde el honor se lo exigía, y se encontró representando él solo á la patria. Activo, infatigable, sus pensamientos y sus acciones caminaban juntas, como el relámpago y el trueno; pero en aquella hora, en aquel momento supremo, dónde encontrar colaboradores? sus cómplices dormían descuidados y dispersos por toda la colonia; necesita improvisarlos, y los improvisa. Lleva el

fuego de su patriotismo á la prisión pública, incendia las rejas, acrisola á los criminales, y candentes todavía entre las llamas de la elocuencia, los transforma en soldados, en caudillos. Los indígenas, inmóviles como sus ídolos, lo contemplaban sin comprenderle, y él evoca esos espectros de una civilización pasada, los reviste de una nueva humanidad, y los incorpora para siempre en la nación mexicana; y grita á los esclavos: sed libres! y los esclavos se le presentan armados, con sus rotas cadenas; y desde entonces, tras cada acto de su voluntad, aparecía una creación siempre llena de brillo para los tiranos, y de terror para los opresores.

El viajero que se empeña en escalar el trono del Popocatepetl para tocar la regia vestidura y para despojar de algunas joyas la rica diadema, tiene que revestirse de triple fortaleza, porque lo esperan en su camino el osario de cien montañas, los sacudimientos y bramidos de los gigantes que custodian al monarca, y el terror silencioso sentado en los abismos del cielo y de la tierra; así sucede al orador que en este día intenta aproximarse al caudillo de la independencia; para desempeñar su misión, atraviesa los escombros de cien reputaciones, de cien glorias, y los clamores y las amenazas del retroceso, porque más allá de ese basto cementerio de dos generaciones, más allá de los cadáveres políticos y que se llaman Miramón, Comonfort, Santa-Anna, Bustamante, Iturbide, se levanta hasta el cielo, pura y severa, la frente de Hidalgo, y el Sol del 16 de Septiembre se complace en coronarla con sus rayos.

Estremécete, México, de alegría, ya tienes un héroe! Pero ¿qué cosa es un héroe? Es el hombre que sabe que el derecho de morir se compra con grandes servicios á la humanidad, y que el suicidio de Caton fué sublime, porque nada le quedaba que hacer por la República; es el hombre que

sabe que las naciones nacen en una victoria; y si sucumbe, es el Satán que lucha todavía, porque el edén de las sociedades es el progreso, y si la espada de un ángel defiende el paraíso, sólo otra espada podrá abrirse paso burlando la tiranía del destino: el hombre que así vive, cuando muere, perdiendo lo que tiene de finito, queda por sus obras como una manifestación creciente de poder, de ciencia y de gloria, hasta recibir su apoteosis de la poesía y del agradecimiento de los pueblos. El cielo en que habitan los héroes reposa sobre la tierra; por eso es la verdad lo que ahora anuncio, Hidalgo, Allende, Matamoros y Morelos, nos contemplan!

Ayl por ser dignos de esos supremos espectadores, han desafiado la muerte millares de patricios, y aún está fresca la sangre de Valle, de Degollado y de Ocampo. Y nosotros, ¿con qué título aparecemos á su presencia? Nosotros hemos creído, que para entronizar perpetuamente la revolución de Hidalgo, era necesario que los ciudadanos recibiesen de ella ferrocarriles, puertos, monumentos públicos, instituciones civiles, colegios, literatura, gloria militar y aun nuevas imágenes para sus templos, porque desde el momento en que nace una nación, el horizonte se inunda con los destellos de su numen tutelar. No, no es de todos la culpa, si en los cincuenta años transcurridos, la bandera francesa se alejó de nuestras playas llevándose humillantes concesiones; si bajo la planta norteamericana se ha perdido la mitad del territorio; si nos hemos postrado ante el enviado del rey zuelo que hoy vacila en Roma, comprándole con oro sus bendiciones; si viven los que han hecho un tráfico de los golpes de Estado; si la reforma está mutilada y si el progreso ha retrocedido un paso; no, el pueblo no ha dudado ni retrocede, y por eso yo, hijo del pueblo, me lleno de orgullo al ocupar este elevado puesto, sólo

para continuar el toque de arrebató que en la mañana del 16 de Septiembre comenzó en Dolores. Muchos de nosotros, todavía nos sacudimos el polvo de la lucha, después de haber logrado que la Reforma siguiese su camino; por todas partes la revolución ha dejado sus huellas; en días menos peligrosos, muchos se disputarán esa gloria! Dónde están los antiguos alcázares de la corrupción y de la ignorancia, custodiados por altos muros y terribles anatemas? En su recinto penetraba con miedo el sol, y la luna tropezaba con silenciosos fantasmas; el céfiro, asustado por la rusticidad y el desaseo, no se atrevía á acariciar allí á la juventud y á la hermosura, y se alejaba sorprendiendo al amor en criminales extravíos; la ciencia era el primero de los pecados. Pero ahora, por allí transitan libremente el sol, la luna, las estrellas y los vientos, y la música, los cantos y las danzas; allí el comercio depone sus riquezas á los pies de la hermosura, el genio de la arquitectura ostenta sus prodigios, y el genio de las celdas, á la hora de maitines, despierta sorprendido, y preside, contra su voluntad, los misterios del amor y los misterios de la ciencia.

Pero el edificio religioso aún no está concluido, díganlo nuestras luchas sangrientas. El catolicismo romano, pagano en tiempo de los Césares, feudal en la Edad Media y monárquico en el día, en vano se pone la careta de la democracia para que no le conozca la tea revolucionaria; toda nuestra esperanza se fija en los innumerables y buenos creyentes que, fieles al estandarte del Crucificado, no quieren verlo arrancado de los templos para que sirva de picota á las puertas de los palacios; ellos lo proclaman símbolo de caridad y justicia, y no de ambición y de rencores; por eso es que ellos nos prometen que un día, la primera bendición del

sacerdote será para la democracia, y el primero de los anatemas, para la intolerancia y para el despotismo.

Tales son tus glorias, ¡oh pueblo! ¿Podré ahora hablar de tus dolores, de tus votos secretos, de tus desengaños y de tus esperanzas? ¿Podremos entregarnos á las efusiones de ternura, de alegría y de entusiasmo, propios de un corazón dividido entre la miseria y el patriotismo? ¿Puedes imaginarte soberano, cuando la autoridad conserva su privilegiado puesto? ¿Por qué no desciende entre nosotros para tomar parte en el dolor y en la gloria, en el luto y en el festín de la familia? ¿Para qué conservarse en ese solio profanado mil veces por los conservadores, de donde ha salido la proscripción para castigar en el orador cívico la verdad y el entusiasmo, y dónde un Bruto ignorado mandó sobre Zuloaga el puñal de la ignominia entre las alas de una baraja? Si la autoridad se hiciese pueblo; entonces mi voz respiraría confianza; yo me dejaría fascinar por esa serpiente de la multitud que me estrecha con sus agitados círculos, y reproduciendo el magnetismo que me envía por medio de millares de ojos, me entregaría á la sublime embriaguez de los oráculos. Pero no! Rehabilitense en buena hora los enemigos; la marca de Caín los denunciará por toda la tierra; la debilidad se venda por justicia; la Reforma pase por extravío, nada importa: el pueblo no ha depuesto su rayo. Siempre es el mismo pueblo que en tiempo de los aztecas caminaba á la voz providencial de adelante! El mismo que se retiró á las montañas y á los desiertos, ó que vagaba taciturno por las ciudades, mientras duró la orgía del régimen colonial; el mismo con que Hidalgo vino hasta el Monte de las Cruces á tomar posesión del Valle de México; el mismo que sin dormirse bajo los laureles de la Independencia, emprende una larga

peregrinación en busca de la libertad y del progreso: á este pueblo le grita adelante! no mi humilde voz ni un envejecido oráculo, sino la electricidad en el telégrafo, la luz en el deguerreotipo, el vapor escapándose de la locomotora, la imaginación entre las galas de la poesía, y los escritos de la ciencia que la imprenta desencadenó con mano generosa.

Pero, ¿qué me pregunta la ansiedad en vuestros semblantes, como temiendo el oído las miradas de los profanos? Tú, mutilado de la Independencia, buscas en esta solemnidad, para embriagar tus dolores, algo más que los recuerdos gloriosos de tu juventud heroica; tú, modesta esposa del proletario, tú deseas volver á tus hogares llevando á tus hijos para alegrar su escaso alimento, el pan de la esperanza y de la vida; tú, que distribuyes tu existencia entre los peligros de las armas y las fatigas de las artes, y eres en tu humildad un ángel de la guarda para la Reforma y una Providencia para tu familia, tú quisieras saber cuándo pasarás el Mar Rojo, y si la tierra prometida es una de las ilusiones del desierto; tú, pueblo, que te estremeces á la vista de los que salvan á los que tú has condenado, y que recibes su presencia en este lugar como un insulto; tú demandas al orador si es cierto que la patria peligra? ¿Por qué morirá tan joven la hija de Hidalgo? ¿Cómo ha podido concitarse enemigos la virgen desinteresada que ha puesto un banquete para todas las naciones, y que á las puertas de su palacio abandona sus tesoros como un botín para todos los que pasan? ¿Hay alguna virtud social que no acoja? ¿Hay algún infortunio que no haya socorrido? Los unos reclaman el dominio que les arrancó Hidalgo; los otros, por una deuda cien veces pagada, exigen nuestros puertos en prendas; los otros inventan quejas; aquéllos llaman suyo todo lo que codician, y

Roma presenta títulos que asegura haber recibido de Jesucristo: por todas partes anuncios de desolación y de ruina. En esa catástrofe los extraños quedarán con el poder, con el comercio y con la industria; el clero se salvará en sus templos; los ricos en sus palacios, y las que se llaman altas clases, capitularán con el vencedor; pero á nosotros, al pueblo, al pobre pueblo, qué le queda? El desierto, el ejemplo de Hidalgo y las armas de la desesperación y del patriotismo.

Las naciones perecían cuando el pensamiento social era el misterio del sacerdote; el secreto del monarca, el monopolio de la nobleza; pero ahora la verdad, la justicia, la palabra de salvación, descienden de preferencia á los talleres y á las chozas:

y si la civilización nos traicionara, no vacilaríamos en sacrificarla, refugiándonos en esa frontera hospitalaria para todos los perseguidos, donde nos entregaríamos todas las noches á la danza frenética, inspiradora de las cabelleras; no sería la primera vez que el dios de la guerra se levantara sobre una pirámide de esqueletos humanos. El trueno resuena por todas las playas, incendie al rayo todas las alturas y respondan con su explosión los apagados volcanes de la América; el suelo que pisemos será nuestra patria, y dominando el fragor universal con nuestro acento, escúchense claras, solemnes, estas palabras: ¡libertad, reforma! Hidalgo las repetirá desde el cielo.

IGNACIO RAMÍREZ.





Tepetztlán. Óleo de G. Gedovius.



ODA A HIDALGO.

Mil veces, Padre, en la nocturna calma,
 Del encinar bajo la sombra fría,
 O en los mares del trópico, tu alma
 Habló calladamente con la mía.
 Y veces mil junto al rojizo fuego,
 En la verde planicie y en el monte,
 Como la sombra de Elphenor el griego
 Te he visto descender del horizonte.
 Á mí te acercas: hasta el cuello sube
 Tu ropaje talar, blanco y sencillo;
 Con religioso sobresalto avanzo,
 Asir la fimbria de tu veste alcanzo,
 Y besando tu mano, me arrodillo.

No, Padre, no! La voluptuosa Musa
 Que mis cantos eróticos inspira,
 Acobardada y trémula, rehusa
 La pindárica lira.
 Es ninfa alegre cuya breve planta
 Huella los myrtos y el laurel en Creta,

Es parda alondra que amorosa canta
En el balcón abierto de Julieta.
Es la Musa del goce y de la vida;
Su labio moja lúbrico falerno;
No es la Musa robusta de los bravos
Que apura, en las veladas del invierno,
El áspero licor de los eslavos.

Déjala, pues, en su Tibur dormida,
Ó vagar, agitando el áureo tirso,
En la marmórea desnudez helena;
Su voz, á los amores consagrada,
Se eleva, como canto de sirena,
Á los jónicos ritmos ajustada.

De Atenas y Hermes el secreto ignoro;
Pasa, Padre, de mí, tu cáliz de oro!

Yo sé bien que la excelsa poesía,
Del encumbrado Olimpo guardadora,
No ha prorrumpido en cantos seculares
Dignos de resonar en tus altares:
Dulces panales de estival colmena
Son nuestros cantos, hálitos de flores;
Y nuestra inspiración, vana ó beoda,
Sujeta siempre á femenil tarea,
No sube á los espacios de la idea
En las alas frementes de la Oda.

Aún aguardas tu epopeya augusta,
Aún esperas el buril gigante
Que ha de trazar tu gran bajo relieve
En las cimas eternas de la nieve,
Y rebusca hervoroso el mar de Atlante
Al bardo que traduzca sus rumores
Y con ellos te cante!
No te dimos piadosa sepultura

En nuestros versos, cual á raudo Aquiles
Pentélico sepulcro dió la Grecia;
Tu sombra corre tras ignoto Homero
Como la sombra del gallardo arquero
En las cumbres nevadas de la Helvecia.

Pequeños somos para empresa tanta:
¡A la intacta cerviz de los volcanes
Sólo sube el condor, y al viejo Olimpo,
Por escala de montes, los titanes!
Nuestra Musa, pueril y desmedrada,
La débil Musa del placer y el llanto,
Blandir no puede la terrible espada,
La alta espada del canto.

Sólo un poeta púgil, vigoroso,
De nuestras grandes luchas viejo Alcides,
Que la corona de silvestre olivo
Ganó bizarro, presentar merece
En forma escultural que no perece
Tu espíritu gigante redivivo.
Sólo él, Patriarca á cuya tienda acuden
Dispersas tribus con filiales dones,
Puede pulsar la lira septicorde,
Á cuyo noble y entusiasta acorde
En tropel se levantan los tritones.
Es el poeta, ¡oh Padre! es el primero:
¡Alma sonora de tu pueblo, Homero!
Alce ya el canto secular y rompa
En la cláusula ardiente de la guerra;
Suene su voz como broncínea trompa
Retumbando en las cuencas de la sierra.
Infunda inspiración, vigor derrame,
Haga hervir nuestra sangre generosa,
Y los nobles espíritus inflame
Desde la cruz del Sur hasta la Osa.
¡Hiera por fin la tierra el férreo paso

De tu egregio Tirteo,
Y piafe encabritándose el Pegaso,
Domado por Orfeo!

Nosotros los efebos sonrientes,
Llevaremos cantando á tus altares
Los jonios myrtos y las rosas sueltas,
Como iban las canéforas esbeltas
Á los templos olímpicos de Ares.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.





“INFORMES Y MANIFIESTOS”

Correspondencia particular del Director del Diario Oficial.—3.^a de Revillagigedo núm. 3.

Señor editor de la «Revista Moderna,» D. Jesús E. Valenzuela.—México, Junio 27 de 1906.

Muy estimado Señor y amigo:

Por encargo expreso del Sr. D. Ramón Corral, Vicepresidente de la República, y en su nombre, tengo el gusto de mandar á usted, para su biblioteca particular, un ejemplar de la obra «Informes y Manifiestos de los Poderes Ejecutivo y Legisla-

tivo.—De 1821 á 1904,» que por iniciativa y bajo la vigilancia del propio alto funcionario, acabo de publicar en esta capital. Al mismo tiempo le remito una guía que facilitará el examen de dicha compilación.

Mucho agradeceré á usted, Señor Editor, que tenga á bien ordenar se me remitan 2 ejemplares del número ó números de su importante periódico, en que haya referencia de esta publicación que le envío.

De usted afmo., atento, s. s. y amigo.

JOSÉ A. CASTILLÓN.

Algunas de las opiniones más autorizadas sobre “Informes y Manifiestos de los Poderes Ejecutivo y Legislativo” (en el orden en que se han recibido).

Colegio de «La Paz.»—Administración.—México, 6 de Mayo de 1906.—Sr. D. J. A. Castellón, Director del «Diario Oficial.»—México.

Muy estimado señor y amigo:

“Por el prospecto que acabo de recibir, veo con sumo gusto que ha terminado Ud.

su laboriosa obra «Informes y Manifiestos,» ideada por el Sr. Corral y realizada por Ud., y por ello me apresuro á presentarle mi más entusiasta y sincera felicitación. Por amabilidad de Ud. he tenido frecuentes ocasiones para admirar la ardua labor que representa tan difícilísimo trabajo y asombrarme de la dedicación é inteli-

gencia que puso en él. Yo, que por mis aficiones á la Historia de México, conozco prácticamente esas dificultades, casi insuperables á veces, estimo en todo su valor el altísimo mérito por Ud. contraído con una constancia á toda prueba, y deseo que así se le reconozca por aquellos que con tan buen acuerdo y previsión de sus talentos le designaron para traer á efecto tan útil y valiosísima compilación.

«Sírvasse Ud. aceptar mis felicitaciones y la expresión muy franca y leal del afecto de su amigo y servidor que atentamente le saluda.—*Enrique de Olavarría y Ferrari.*»

*
* *

México, 11 de Mayo de 1906.—Sr. Vicepresidente D. Ramón Corral.—Presente.

Muy distinguido señor de toda mi consideración:

«El Sr. D. José A. Castellón acaba de poner en mis manos un ejemplar de la obra «*Informes y Manifiestos de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, de 1821 á 1904,*» que ha formado por superior acuerdo de Ud., y bajo la inteligente dirección y constante vigilancia de Ud.

«Aunque apenas he tenido tiempo para hojear los tres gruesos volúmenes que comprende dicha obra, pude apreciar desde luego la inmensa labor que implica y la trascendencia no menos grande que tendrá en los estudios históricos que posteriormente se hagan.

«Afiicionado yo á los documentos de historia patria, para la adquisición de algunos de los cuales he impendido investigaciones dilatadas durante meses, sin éxito alguno, comprendo cuán extraordinarios esfuerzos habrá exigido la recolección de los noventa y tres documentos que encierra dicha obra, muchos rarísimos, varios que sólo conocíamos aquí por referencia, y to-

dos reproducidos con la puntual indicación del original, impreso ó manuscrito, de donde fueron copiados; no es raro así que haya sido necesario acudir á bibliotecas extranjeras: las nuestras están muy mal dotadas, por desgracia. En lo sucesivo, quienesquiera que traten de conocer nuestros documentos políticos fundamentales, podrán economizar la magna labor de la búsqueda con sólo consultar «*Informes y Manifiestos,*» consulta que, diré de paso, facilitan sobremanera los abundantes índices cronológicos y alfabéticos de la obra. Esta vendrá á ser, no muy tarde, la biblia de nuestra historia política.

«Me apresuro, pues, á felicitar á Ud. de la manera más entusiasta por haber ideado y dirigido tan felizmente su obra, y haber encomendado su formación inmediata al Sr. Castellón, sin duda el más adecuado por sus vastos conocimientos en la materia, y actividad y consagración incansables.

«Soy de Ud. afectísimo, atto. y S. S.—*Genaro García.*»

* * *

Correspondencia particular del Subsecretario de Instrucción Pública.—México, Mayo 19 de 1906.—Sr. D. Ramón Corral, Vicepresidente de la República.—Presente.

Muy estimado y querido amigo:

«Me es particularmente satisfactorio dar á Ud. las gracias por el ejemplar que se ha servido remitirme, de la importantísima obra titulada «*Informes y Manifiestos de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, de 1821 á 1904,*» la cual, por orden de Ud., ha sido publicada con una diligencia y una laboriosidad dignas de todo encomio por el Sr. Castellón.

«Dicha obra tendrá, para cuantos se

propongan escribir nuestra historia, importancia indiscutible, puesto que en ella están reunidos todos los documentos que sirven para poner de manifiesto el progresivo desenvolvimiento de nuestra vida política y los sucesos, á menudo intrincadísimos, que la han caracterizado.

«Los informes y los manifiestos de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, desde 1821 hasta 1904, son la voz misma de la mayoría de los más notables actores y de los más conspicuos autores de nuestra organización y de las condiciones presentes. Habiéndose integrado esta colección, como lo hizo con tino especial su recopilador, con los documentos similares de los prohombres de nuestra Independencia, y habiéndose completado, además, en documentos adicionales, con los escritos dirigidos á la nación por los corifeos de los partidos que se han disputado el Gobierno de la República, y que han tenido fuerza bastante en determinadas horas de nuestra historia para simular una organización política que, aun cuando fuera ilegal, constituyó en determinadas fracciones del Territorio ó sobre grupos de conciencias descarria-

das, un gobierno de hecho, la obra que Ud. ideó representa bien en su extraordinaria complejidad el enmarañamiento de nuestras luchas, las innúmeras peripecias de nuestros conflictos civiles, las grandes campañas de nuestras guerras extranjeras y, al través de todo, las victorias, cada vez más completas, más definitivas, de la libertad y del orden, sea en los épicos tiempos de las guerras de reforma, sea en los tiempos gloriosos de las guerras de intervención, ó bien, con posterioridad, cuando la paz se ha afianzado. La obra por Ud. inspirada, es así un guía seguro para estudiar la política que ha ido desenvolviendo á la patria, y la caracteriza sirviéndose de las voces que más poderosamente han resonado sobre la nación al través de casi todo un siglo; es la historia misma puesta en los labios de quienes la han hecho, de quienes han formado á nuestra República.

«Felicito á Ud., en consecuencia, por la obra referida, y asegurándole de nuevo mi agradecimiento por habérmela enviado, me complazco en repetirme su amigo afectísimo que mucho le estima.—*Ezequiel A. Chávez.*»





Guillermo Prieto.

EL EMIGRADO.

Yo vengo de una tierra, lindas doncellas,
 Donde el invierno nunca deja sus huellas,
 Donde florece

La rosa, coronando verdes sembrados,
 Y hay fresnos y naranjos que regalados
 El viento mece.

Yo he admirado la cima desde mi cuna,
 De los altos volcanes que con la luna
 Mostraba el cielo;

Ó del sol duplicando la viva lumbre
En ráfagas tendidas sobre su cumbre
De blanco hielo.

Como un niño dormido, que el blando halago
Recibe de la madre, yo miré el lago
De mis hogares.

Risueño el limpio cielo le contemplaba,
Y el canoro jilguero le enamoraba
Con sus cantares.

Porque es mi tierra el nido de los amores,
Copa de almendro tierno, jardín de flores,
Cáliz de aromas.

Del zenzontle armonioso mansión querida,
Por templo de ternura torre escogida
De las palomas.

Yo vengo de una tierra donde hay hermosas,
Sonrojo de los lirios y de las rosas,
Cuya sonrisa

Le da envidia á las fuentes de los jardines
Y de ella tienen celos los querubines,
Celos la brisa.

Si el párpado levantan, se alumbra el suelo:
Si miran amorosas, tornan en cielo
Cuanto ellas miran.

De ellas tomá la palma su esbelta gala,
Y un beso á la misma alma de ellas se exhala
Cuando suspiran.

Ay! la hermosa, la virgen, la sin mancilla
La abatió el extranjero con su cuchilla,
Pisó su cuello.

Y su inmundo calzado de sangre tinto,
Limpió de sus deidades en el recinto
Con su cabello!

Arrancó de sus hombros el regio manto:
Sobre sus propios ojos bebió su llanto
La indigna orgía.

Llevaban á sus hijos brutales zuavos
Con el dogal al cuello viles esclavos,
Oh, patria mía!

Y yo huérfano y solo con la alma herida,
De ese mar de ignominia salvé mi vida
Y errante sigo.

Ah! soy el mexicano desheredado:
Piedad del infortunio! y al emigrado
Dadle un abrigo.

Que do el honor impere verá pensiles
Y el encanto y la pompa de los abriles,
Lagos, rosas.

Y aquella que más odie los invasores
Será el cielo y el culto de sus amores:
Venid, hermosas.

Bronswille, 1866.

Guillermo Prieto





TRIUNFO DEL ARTE EN MEXICO.

UNA BRILLANTE GLORIFICACION.

A iniciativa de los señores JESÚS E. LUJÁN, JULIO LUJÁN, LUIS SOTOMAYOR, RAMÓN GUERRERO, JOSÉ A. ORTIZ y ABRAHAM LUJÁN Z., la «Revista Moderna de México,» se honra abriendo una subscripción nacional para levantar una estatua á Manuel Gutiérrez Nájera, el «Duque Job,» en el lugar que posteriormente se señalará en esta Capital.

La «Revista Moderna de México,» acoge esta idea con inmensa satisfacción: el poeta muerto es digno de una consagración nacional y digno de vivir en todos los corazones, recordado por el mármol y el bronce, ya que fué su obra, entre nosotros, la que supo interpretar con más ardor y generosa fe, el glorioso pensamiento ruskiniano: hacer más buena y más feliz á la humanidad, por la ingerencia del arte en la vida, necesaria también como el pan de cada día.

Así, pues, si el «Duque Job,» con su pensamiento genial de sangre y alma, lo mismo desterró el tedio del prócer, que mantuvo la esperanza en los corazones sacudidos por la lucha de la vida, y encendió también los labios femeninos con el claro misterio de la sonrisa, en las serenas veladas del hogar, justo es que todos, sin distinción de estado social, contribuyan con su óbolo, diverso en la cantidad, pero uno en el amor con que sea ofrendado, á la más completa realización de la simpática idea, y al efecto:

Quedan abiertas las subscripciones, en el registro que se establece en las Oficinas de la «Revista Moderna de México,» Cordobanes núm. 2, Apartado 49 bis, debiendo dirigirse al Director de ella, Jesús E. Valenzuela, quien las depositará en el Banco Central Mexicano.

A continuación publicamos la carta autógrafa de los señores iniciadores, y en seguida la lista de subscripción.

Sacramento, Agosto 21/
1906.

JESÚS
J. VALENZUELA

Sr. Dr. Jesús E. Valenzuela

Mexico,

Querido amigo nuestro: Los
labriegos que firman esta carta
han pensado, que se le debe de
erigir un monumento al "Duque
Job." Y han pensado también,
que sea "La Revista Moderna",
naturalmente, la que acoja y
lance la idea y, por ultimo,

sugeriríamos que fuese levantado en la Alameda, o mejor, en la Playa de Guardiola. Caso de que Ud. reciba con entusiasmo este monumento, le hemos de estimar impulsar el proyecto y lo lleve a feliz término. La Revista podría encargarse a Ruelas de que consiga que alguno de los artistas mexicanos que estudian en París haga el monumento - Sus amigos

Julio Luján Manuel Luján El Jesus Luján
 Riquenero Luis Botrán Ayón
 José A. Ortiz

LISTA DE SUBSCRIPCION.

Jesús E. Luján.....	\$	350.00
Julio Luján.....	,,	350.00
Luis Soto Mayor.....	,,	10.00
Ramón Guerrero.....	,,	10.00
José A. Ortiz.....	,,	5.00
Abraham Luján H.....	,,	350.00

Suma..... \$ 1.075.00

(Continuará).

EL SR. LIC. D. JENARO RAIGOSA.

En la madrugada del 1.º del presente mes, falleció en esta capital, después de penosa enfermedad, el Sr. Senador don Jenaro Raigosa. El duelo no ha sido sólo para la ciudad, sino para el país entero; pues el Sr. Raigosa, por sus altas prendas morales é intelectuales, era uno de nuestros más eminentes conciudadanos. Como abogado, deja el Sr. Licenciado una honda huella en el foro; como financiero, operaciones realizadas por él de primer orden; como diplomático, tratados aún en vigor con las naciones amigas, y en todas las almas gratos recuerdos de su caballerosidad y fino trato social

La tribuna parlamentaria mexicana, tuvo en el Sr. Raigosa un poderoso orador lleno de talento y ciencia; miembro del consejo Superior de Instrucción Pública, prestó grandes servicios á la educación; y en muy importantes obras públicas, el trabajo y la influencia del ilustre desaparecido se hicieron sentir con el más completo éxito. Al hacer presente nuestra profunda condolencia á su distinguida familia, como mexicanos depositamos piadosamente una hermosa corona cívica sobre el sepulcro del Sr. Raigosa en el futuro Panteón Nacional.



EL DERECHO DEL PASADO.

El 21 de Enero de 1871, reducido por el hambre, por las peripecias de las ciegas salidas, París, al aspecto de las posiciones inexpugnables, de donde el enemigo, casi impunemente, lo abrasaba, elevó al fin, con brazo febril y sangriento, el pabellón desesperado que hacía á los cañones el signo para que callasen.

Sobre una altura lejana, el Canciller de la Confederación germánica observaba la capital; y percibiendo de repente aquella bandera, entre la bruma glacial y el humo, introdujo brutalmente los tubos de su anteojo de un golpe, diciendo al príncipe de Mecklemburgo-Schwerin que estaba á su lado:

—«La bestia ha muerto.»

El enviado del gobierno de la Defensa nacional, Julio Favre, había franqueado las avanzadas prusianas; escoltado en medio de los clamores á través de las líneas de sitio, llegó al cuartel general del ejército alemán. Nadie ha olvidado aquella entrevista del castillo de Ferrières, en una sala obstruida por escombros, donde intentó anteriormente concertar las primeras negociaciones.

Ahora, la escena pasaba en una sala más sombría y de real aspecto, donde soplaban un viento helado, á pesar del fuego que ardía en las chimeneas. Allí reaparecieron los mandatarios enemigos.

En cierto momento de la conferencia,

Favre, sentado junto á la mesa, se sorprendió contemplando atentamente y en silencio, al conde de Bismarck-Schoenhausen, que se había levantado.

La estatura colosal del caballero del Imperio de Alemania, llevando el traje de mayor-general, proyectaba su sombra sobre el pavimento de la devastada sala. A los bruscos resplandores del hogar, centelleaban la punta de su casco de acero bruñido, sombreado por la espesa crin blanca del penacho, y en su dedo, el pesado sortijón-sello de oro, con las armas siete veces seculares del señorío de los obispos de Halberstadt, después barones; el Treffe de los Bisthums-marke, sobre la antigua divisa: *In trinitate robur*.

Sobre una silla estaba botada su capa de guerra, con espeso acordonado color vinoso, cuyos reflejos enrojecían las vueltas blancas con tintes sangrientos. Detrás de sus talones, armados de recias espuelas, sonaba á intervalos el sable, suspendido al desgaire. Su cabeza de rubio cabello, con aspecto de dogo altivo guardando la casa alemana, para quien venía á reclamar las llaves de Strasburgo, se enderezó. De toda la persona de aquel hombre, semejante al invierno, se desprendía su adagio: *Nunca bastante*. Con el dedo apoyado sobre la mesa, miraba á lo lejos, por una ventana, co-

mo si, haciendo caso omiso de la presencia del embajador, no viese más que su voluntad volando en la lividez del espacio, semejante al águila negra de sus banderas.

Había hablado ya. Y rendiciones de ejércitos y fortalezas, resplandores de espantosa guerra civil, abandono de provincias. . . . se dejaban entrever en sus palabras. . . . Entonces fué cuando, en nombre de la humanidad, el ministro republicano quiso hacer un llamamiento á la generosidad del vencedor, el cual en aquel momento debía acordarse tan solamente, de Luis XIV pasando el Rhin y avanzando sobre el suelo alemán de victoria en victoria; luego de Napoleón dispuesto á borrar la Prusia del mapa europeo; después de Lutzen, de Hanau, de Berlín saqueado, de Jena. . . .

¡Y lejanos estampidos de la artillería, semejantes á los ecos del trueno, cubrieron la voz del parlamentario, que, por un sobresalto del espíritu, acordose entonces. . . . que era el aniversario de un día en que, desde el cadalso, el rey de Francia quiso también apelar á la generosidad de su pueblo, y el redoble de los tambores ahogó su voz! A su pesar, Favre estremeciése ante esta coincidencia fatal, en la que nadie, con la turbación de la derrota, había pensado en aquel instante. Era, en efecto, del 21 de Enero de 1871, de donde debía partir en la Historia, la apertura de la capitulación de Francia, que había rendido su espada.

Y como si el destino hubiese querido subrayar, con una especie de ironía, la cifra de esta fecha regicida, cuando el embajador preguntó á su interlocutor cuántos días duraría la suspensión de hostilidades, el canciller dió esta respuesta *oficial*:

—Veintiuno; sin uno más.

Entonces, con el corazón oprimido por la innata ternura que todo hombre siente por la tierra natal, el rudo orador, de severa faz, bajó la frente temblando. Las lágrimas, puras como las que vierte el niño ante su madre agonizante, saltaron á sus párpados, y rodaron silenciosamente hasta las crispadas comisuras de sus labios. Porque

si hay una ilusión, que aun los más escépticos, en Francia, sientan palpitar en su corazón, de repente, delante de las altiveces del extranjero, es la patria!

*
* *

Caía el sol, apareciendo la primera estrella.

Allá abajo, rojos relámpagos seguidos del trueno, de las piezas de sitio y del tiroteo lejano del fuego de los batallones, surcaban á cada instante el crepúsculo.

Habiéndose quedado solo en aquella memorable sala, después de cambiado un saludo glacial, el ministro de nuestros Negocios Extranjeros meditó durante algunos momentos. . . . Y aconteció, que en el fondo de su memoria surgió de repente un recuerdo, que ciertas concordancias, ya confusamente observadas por él, llevaron algo de extraordinario á su espíritu.

*
* *

Era el recuerdo de una historia confusa, de una especie de leyenda moderna, que acreditaban varios testimonios, varias circunstancias, y á la cual él mismo estaba extrañamente mezclado. Un día, ¡hace de esto mucho tiempo! un desgraciado, de origen desconocido, expulsado de un pueblecillo de la Prusia sajona, apareció, en 1833, en París.

Allí, expresándose á duras penas en nuestra lengua, extenuado, abatido, sin asilo ni recursos, había osado declarar que no era otro que aquel. . . .cuya cabeza augusta había caído el 21 de Enero de 1793, bajo el hacha del pueblo francés.

A favor, contaba, de una acta cualquiera de defunción, de una obscura substitución, de un dinero desconocido, el delfin de Francia, gracias á la fidelidad de dos gentiles-hombres, escapó positivamente del Temple y aquel evadido real. . . . era él.

Después de mil vicisitudes y mil miserias venía á justificar su identidad. No habien-

do encontrado en su capital sino algún auxilio caritativo, este hombre, á quien nadie acusaba de demencia, sino de superchería, hablaba del trono de Francia como legítimo heredero.

Anonadado bajo la casi universal persuasión de una impostura, este personaje no atendido, desterrado de todas partes, fué á morir tristemente á Holanda, en 1845, en la ciudad de Delft.

Hubiérase dicho, viendo aquel rostro muerto, que el Destino había exclamado: ¡Te golpearé el rostro con mis puños, de tal modo, que ni aun tu madre podrá reconocerle!

Y he aquí que, cosa más sorprendente aún, los Estados Generales de Holanda, con asentimiento de las cancillerías de Guillermo II, acordaron inesperadamente, á aquel enigmático personaje, funerales con honores de príncipe, y aprobaron oficialmente, que en su losa tumularia, se escribiese el siguiente epitafio:

«Aquí yace Carlos Luis de Borbón, duque de Normandía, hijo del rey Luis XVI y de María Antonieta de Austria, XVII de su nombre, rey de Francia.»

¿Qué significaba esto? Este sepulcro... mentis arrojado al mundo entero, á la Historia, á las convicciones seguras, se elevaba allá abajo, en Holanda, como cosa de sueño, en la cual nadie quiere pensar seriamente.

Esta inmotivada decisión del extranjero, no contribuyó sino para agravar las desconfianzas; se maldijo la terrible acusación.

Sea lo que fuere, un día de aquellos, aquel personaje de misterio, de miseria y de destierro, fué á visitar al abogado ya célebre, que debía ser, ahora, el delegado de la Francia vencida. En fantástica revelación, había solicitado que el orador defendiese su historia, y, por un nuevo fenómeno, la indiferencia inicial, si no ya la hostilidad misma, del futuro tribuno, quedaron desvanecidas al primer examen de los documentos presentados á su observación.

Bien pronto, rehecho, cogido, convencido (con razón ó sin ella), Julio Favre tomó

con toda su alma aquella causa, que debía estudiar treinta años consecutivos y defender un día con toda la energía y los acentos de una fe viva. Y, de año en año, sus relaciones con el sospechoso proscrito, se habían tornado más amistosas, hasta el punto que un día, en Inglaterra, adonde había ido un momento para visitar á su extraordinario cliente, éste, sintiéndose cercano á la muerte, le regaló (en signo de amistad y reconocimiento profundo) una sortija flor-delisada, callando la proveniencia original.

Era una tumbaga de oro. En un grueso ópalo central, rodeado de rubies, primeramente habíase grabado el escudo de los Borbones: «tres flores de lis sobre campo azur.» Pero, por una especie de triste deferencia para que el republicano pudiese llevar sin escrúpulos aquel obsequio puramente afectuoso, el donador había hecho borrar, tanto como fué posible, las armas reales.

Ahora, la imagen de una Belona, tendiendo sobre el arco fatídico la flecha, también de su derecho divino, cubría con su amenazador símbolo el escudo primitivo.

Por otra parte, según los biógrafos, era aquel hombre una especie de inspirado, de iluminado. A creerlos, Dios le había favorecido con visiones reveladoras, y su naturaleza estaba dotada de una potente agudeza para los presentimientos.

Con frecuencia, la solemne misticidad de sus discursos comunicaba á su voz acentos de profeta. Aquella tarde de despedida, con extraña entonación y sus ojos fijos en los de su defensor y amigo, dijo, al presentarle el anillo, estas singulares palabras:

—M. Favre, en ese ópalo, como veis, está esculpida como una estatua sobre una piedra funeraria, esa figura de la Belona de las antiguas edades.

Es la traducción de lo que cubre.

«¡En nombre del rey Luis XVI y de toda una raza de reyes cuya desesperada herencia habéis defendido, llevad este anillo! y que sus manes ultrajados, penetren con su espíritu, esta piedra!»

«¡Que su talismán os guíe, y que venga

un día, para vos, en cualquier hora sagrada, el TESTIMONIO de su presencia!»

Favre ha declarado frecuentemente, que atribuyó, *entonces*, á alguna excitación producida por la larga serie de duras pruebas, esta frase que le pareció por largo tiempo ininteligible; pero obedeciendo á la solemnidad de ella, y por respeto, llevó siempre en el dedo anular de la mano derecha, el anillo prescrito.

Después de aquella tarde, Julio Favre había conservado el anillo de aquel «Luis XVII,» sin tocarlo nunca. Una especie de oculta influencia le había preservado de perderlo ó darlo. Constituía para él como esos brazaletes que los caballeros de antaño llevaban al brazo hasta su muerte, en testimonio del juramento que les unía á la defensa de su causa.

¿Por qué designio obscuro de la Suerte, le había sido impuesto el uso de aquella prenda á la vez sospechosa y real? . . . ¿Había sido necesario, en fin, á todo precio, que aquel republicano predestinado «llevase aquel Signo en la mano, durante toda su vida, sin saber á dónde le conduciría tal Signo?»

No se inquietó por ello; pero, cuando se bromeaba en su presencia del nombre germánico de su delfín de ultratumba:

—¡Naundorff, Frohdorff! . . . murmuraba pensativamente.

Y véase cómo, por un encadenamiento irresistible, lo improvisado de los acontecimientos había elevado poco á poco, al abogado de entonces, hasta constituirse de repente, el solo representante de la misma Francia!

Había sido preciso, para que esto sucediese, que Alemania hiciera más de 150,000 mil prisioneros con sus cañones, sus coronas y sus banderas desplegadas, con sus mariscales y con su emperador, y ahora, con su capital también, y todo esto no era un sueño.

Por esto, el recuerdo de *otro* sueño, menos increíble, después de todo, vino á la memoria de Julio Favre, durante un momento, aquella noche, en la desierta sala

donde acababan de discutirse las condiciones de paz —ó mejor de vida— para sus conciudadanos.

Al presente, aterrado, abatido, echó á pesar suyo, sobre el anillo que llevaba al dedo, miradas de visionario.

*
* *

Ocho días después, habiendo sido aceptadas las estipulaciones del armisticio por sus colegas de la Defensa nacional, M. Favre, provisto de un poder colectivo, marchó á Versailles para la firma oficial de aquella tregua, preámbulo de la espantosa capitulación.

Se cerraron los debates. M. de Bismarck y M. Favre, después de vuelto á leer el tratado, añadieron como ad-deuda, el artículo 15, cuyo texto es el siguiente:

«Art. 15.—En fe de lo cual, los firmados han rubricado y sellado con su sello, las presentes convenciones.—Hecho en Versailles, el 28 de Enero de 1871.»—Firmado: JULIO FAVRE.—BISMARCK.

Bismarck imprimió su sello y rogó á M. Favre que usara de la misma formalidad, para regularizar aquella minuta, hoy depositada en los archivos del Imperio Alemán.

Habiendo declarado M. Favre haber omitido, en medio de los acontecimientos de aquella jornada, el proveerse del sello de la República Francesa, quiso enviar por él.

—Será un retardo inútil, contestó el Canciller,— vuestro sello es suficiente.

Y, como si tuviese conciencia de lo que hacía en tal momento, Bismarck indicaba lentamente el dedo de nuestro representante, donde brillaba el anillo legado por el Incógnito.

A estas inesperadas palabras, á esta súbita y helada bofetada del Destino, Julio Favre, casi desvanecido y recordando el voto profético de que aquella sortija real estaba penetrada, miró fijamente, como atacado por el vértigo, á su impenetrable interlocutor.

El silencio, en aquel instante, se hizo tan

profundo, que se percibían en las salas vecinas los secos golpes del Telégrafo, que daba la noticia á Alemania y al mundo, y se oían también los silbidos de los trenes, que empezaban á transportar tropas á la frontera.

Favre clavó sus ojos en el anillo.

Y parecióle que presencias evocadas se erguían confusamente á su alrededor, en la vieja sala real, y que esperaban, en lo invisible, el instante de Dios.

Entonces, como se tuviese por el mandatario de algún expiatorio decreto de lo Alto, no osó, desde el fondo de su conciencia, rehusar la demanda del enemigo.

No resistió más al anillo que le impelia la mano hacia el sombrío *Tratado*.

Inclinóse gravemente.

—*¡Es justo!*— dijo.

Y, debajo de aquella página que debía costar á la patria tantas nuevas oleadas de sangre, dos vastas provincias, ¡las más bellas entre sus hermanas! el incendio de la sublime capital y una indemnización más cuantiosa que el numerario metálico del mundo, sobre la cera púrpura donde se agitaba aún la llama, alumbrando, á su pesar, las flores de lis de oro en su mano republicana, Julio Favre, palideciendo, imprimió el sello misterioso donde, bajo la figura de una Exterminadora olvidada y divina, palpataba *¡cuando menos!* el alma, repentinamente aparecida en su hora terrible, de la Casa de Francia.

EL CONDE DE VILLIERS DE L'ISLE ADAM.

(Trad. de «Revista Moderna.»)





LAS MUJERES DE SHAKESPEARE.

Son horas de lecturas intranquilas.

Voz del sauce: Desdémona nos nombra,
mientras del negro Otelo las pupilas
se encienden cual carbunclos en la sombra.

Lady Macbeth, febril, enamorada
de la regia ambición de mi quimera,
su larga y fina mano ensangrentada
limpia, al acariciar mi cabellera.

Julietta espera en el balcón.... ¡Entona
tu canto, ruiseñor, sobre Verona!
Ciego, conduce mi dolor Cordelia;

y coronada de nupciales flores,
de la tarde á los últimos fulgores,
pasa en el agua, adormecida, Ofelia.

FRANCISCO VILLAESPESA.



Florenca.—Jesucristo en el Pretorio. Beato Angélico.



ALMAS VISIONARIAS.

A JESÚS E. VALENZUELA.

El más extravagante de mis sueños. Figuras, que tras un reblandecimiento cerebral, á consecuencia tal vez de trabajos excesivos, había tenido que entregarme á involuntaria molicie contemplativa, al balcón festonado de pasionarias, asomado siempre, viendo la eterna polvareda de las nubes.

Afirmaba el médico, que la mejoría era muy rápida, aun cuando en contrario hablaban mi delgadez y color de ladrillo.

Debo morir, me decía, y presiento que se cumplirá tal deseo. Mi estómago rebelde rechazaba todo alimento, y á pesar de inyecciones y tizanas, invadianme incontrastables letargos. Horas antes de morir, pedí vestido negro, montera de seda y guantes oscuros también. Ya vestido, sentado en amplio sillón, fui quedando para siempre dormido.

¡Mentira! ¡Cómo dar á ustedes idea!... Siéntese con toda exactitud, lo que al hundir la cabeza en un tanque: abriendo los ojos se agrandan las cosas; un céntimo es broquel, y un guiño pupila irritada; en tanto que del exterior llegan risas y canciones roncadas y muy confusas.

Empezaron preces y letanias por el cansancio de mi alma, sin que cesaran lloriqueos de quienes habíanme amado. Tenía dentro

del ataúd, inquietudes que no sabré nunca explicar. ¿Me impacientaba qué?

Cuando á la siguiente mañana sentí que me levantaban, estoy seguro de haber sonreído con alegría y satisfacción insólitas. Repitiéronse rogativas y sollozos, y el balanceo del féretro en las cuerdas, me anunció que descendía.

Quedé totalmente cubierto por tierra y losas; se abrieron los ojos de mi espíritu, y empecé una vida extraordinaria.

Muros y tabiques que para los vivos separan fosas y gavetas, no existen para nosotros. Las distancias que median entre las tumbas, constituyen avenidas como en el mundo exterior, y cada sepulcro, con su alcatifa musgosa, es casa en aquel mundo subterráneo. Es interminable la prolongación de habitaciones; derrúmbanse algunas masticadas por años de humedad; otras lucen brillo de lluvia reciente, las más son pardas, tirando á negro.

Allí las almas son como perfumes. Voy á explicarme lo mejor que pueda.

Suponed gotas de aceite y de otros líquidos que tengan densidad heterogénea, flotando en amplio vaso con agua límpida; no habiendo afinidad entre las gotas, cuando se acercan, se deforman simplemente sin que haya fusión íntima. Pues lo mismo su-

cede con las almas, que —permitid la frase— son gotas de perfume.

Olvido perfecto llena el pasado. La sutileza de aromas, constituye abolengo, aristocracia en los espíritus. Olvidaba decir, que al llegar un espíritu, es recibido y mostrado como recién nacido en todas las casas, y por último, conducido á mudo llano, amarillento y triste, donde blanquean osamentas dispersas, y silban con misterio profundo, sáuces que se deshojan. Allí queda colgado igual que un capullo. Llámase, Campo de la Desolación.

Más lejos, circundado por árboles de copas mucho más grandes que montañas, y de hojas semejantes á las de monstruosos agaves, está un valle que intrincan vegetales de flores y frutos rarísimos. Unas flores tienen forma de bocas enormes y carnidas, y sus frutos parecen caduceos; azules otras, remedan trozos de sulfato de cobre; lilas y blancas como nubecillas; las escarlata son fofas como esponjas; más bien parecen cruentos pulmones de res, y se antojan la mayor parte, cabecitas de niños orejudos.

La luz, que todo inunda, no sabré decir de dónde proviene. Es apacible, de oro, como la de algunos crepúsculos de la tierra. Llámase Valle de la Destrucción; y aun cuando no es la palabra que usamos, digo así, porque acércase mucho al significado de la verdadera.

Allí flotan las almas, y se confunden y revuelven buscando perpetuamente su alma *afin*, su alma homogénea, con la que, una vez hallada, se funde íntimamente, y de su beso nace fúlgida y alargada flama que oscila y se sacude como flexible cuchillo que hasta su completa destrucción fuera disminuyendo.

Hay espíritus que hace miles de años buscan inútilmente, y son constantes sus excursiones al Valle de la Destrucción. Allí anda el espíritu de un tal Buckingham, que disque regó en vida miles de joyas, y trasciende á pelambreira de cabra; y un Jesús, que habiendo regado simplemente palabras, huele á perfume tan delicado, tan sutil, como si hubiera cruzado millares de millones de leguas á través de infinitas nubes.

El Valle de la Destrucción, está refrescado por ríos de aguas transparentes, pero no líquidas; fingen rollos movibles de lienzos gris perla, que pasando por fiero boquete rocalloso, tirasen de su extremo séres invisibles. A ese boquete van muchas almas que desaparecen de pronto en aspiración brusca. Por allí escapan los que al restregón de aquellas linfas, tratan de quitarse algo que les separa de otros espíritus para destruirse. Oyese un ruido especial, como de.... quien ha estado bajo arcadas de acueductos, puede darse cabal idea.

A intervalos regulares, hay momentos en que todos aquellos perfumes se incendian, tal como si ponto encrespado —suponiendo tal cosa posible— salpicárase de alcohol, éter y otros líquidos volátiles, y de pronto se acercara una bujía. ¡Es una confusión de colores, y algunos tan extraños, como no vi jamás! ¡Cómo, diréis! Combinados verde y añil dan azul, y así todos. Sin embargo, desmentirme no podréis, porque no habéis ido nunca, y yo comprendo que soy impotente para demostrar mi aserción.

Este incendio, es como recompensa y castigo; sufren todos, pero con dolores tan raros, que son humanamente inexplicables; como acero, hierro y cobre, no podrán explicar sus sensaciones cuando los muerde un corrosivo. Lo único que puedo decir para tratar de que entendáis, es esto: el sufrimiento es allí, como la imagen, como el reflejo de un pez sobre la luna que piadosa enjalbega las profundidades del océano.

Nada puedo decir de mi dolor. ¿Qué siente una liga cuando se la estira, y qué cuando queda libre?

Desde mi llegada estoy siendo perseguido por un espíritu centenario que juzga ser mi gemelo, y trata, acercándoseme, de provocar una fusión imposible, porque sobre mí pasa, como gota de azogue sobre plancha de vidrio.

Mi espíritu, ávido de hallar su gemelo, está esperando el tuyo, amada mía!

LIC. ABEL C. SALAZAR.



Estatua á Hidalgo en Guanajuato.



ROMERÍA SANTA.

Al Lic. Juan Olivares.

Pocas ciudades hay en nuestra República que hablen con igual elocuencia á la fantasía, al corazón y al pensamiento de sus hijos, como la capital del Estado de Guanajuato, cuya pintoresca topografía se antoja dispuesta por la mano taumaturga de algún mago encantador ó por la de un rey pastor que fuera también un poeta.

En efecto, desde cualquiera eminencia que se la contemple, se ven las series de sus casas desarrollarse en una sucesión fantástica de panoramas inauditos; parecen rebaños innumerables de corderos amontonados en las gargantas de las rocas, despeñados en hondos precipicios, asomados al borde de vertiginosos desfiladeros ó ascendiendo por empinadas cuestas, como si quisieran llegar hasta los riscos de las cumbres que fingen capitales salvajes sosteniendo la cúpula del infinito azul.

Sus montañas son famosas; de sus vientres pactolizados corrió el oro como un manantial á esplendor, antaño, en las cortes estiradas de los virreyes magníficos; á dar más brillo á la regia grandeza de los Car-

los y de los Felipes; á multiplicar las rapaces proezas del hierro castellano; á erigir una tumba casi faraónica en el Escorial, al orgullo católico de esa especie de coronado sacerdote egipcio que se llamó Felipe II.

Y sus Gestas no tienen par: la Historia ha esculpido en sus mármoles más consistentes, con sus buriles más insignes, la figura guerrera y sacerdotal de Hidalgo; todavía contemplan los ojos absortos, el desconchado cubo de piedra de la tremenda alhóndiga de Granaditas, donde ese nuevo Bautista, con la videncia del Precursor, crismó con un Jordán de sangre la vida de la naciente insurrección, en aquella aurora épica y flamígera que vió brillar por segunda vez, en las manos sacramentadas de un fraile obscuro y senil, la espada reudentora de Jorge Washington.

Una mañana augural, que parecía llena de felices presagios con el presentimiento de la primavera inminente, con la frente casi abrumada por el peso glorioso de esos grandes recuerdos, después de algunos

años de ausencia, me encaminaba piadosamente por esos sitios que bien podrían llamarse los «Santos lugares» de la Patria, rumbo al hermoso paseo de la Presa de la Olla, que guarda como en una rotonda de montañas la estatua en bronce del primer Caudillo de la insurrección.

Sentía más joven el espíritu y la mirada más intensa viéndome en el corazón de aquellas rocas, contemplando sus calvas frentes lapideas que me ofrecían una leyenda de martirio y de gloria para que la descifrara, y que por todas partes cerraban el horizonte con sus líneas solemnes.

Más allá de los jardines cargados de flores que me parecieron coronales para la memoria del héroe, después de un lago desbordante en cuya lámina inmóvil se espejaban con gran pureza de perfil los agudos crestones de la Bufa, se detuvieron mis ojos abiertos de asombro ante el soberbio espectáculo que veían.

Destacándose en severa decoración de rocas, se erguía, con la serena inmovilidad de un dios, el grandioso bronce tutelar, bajo un cielo que distendía su palio azul bajo su testa de icono.

El sol estaba suspendido en la mitad del cielo como un lampadario perenne, y vertía una luz de apoteosis sobre esa basílica de montañas; las rosas agitaban con suavidad sus turibulos llenos de perfume, y con ellos incensaban el aire; la naturaleza circundante, como que se fundía en una nota única de homenaje y de admiración hacia la representación bronceínea de aquel anciano, que á punto de derrumbarse en el sepulcro, agotadas ya las viriles energías, augusto de canas y de arrugas, con

un ademán heroico supremo de amplitud y generosidad, había indicado á sus hermanos la sola senda por donde llegarían un día al término de sus rudos afanes. . . .

Si, las montañas, con su altiva solemnidad, el sol con la riqueza elísea de su luz, las flores con el hossana de sus aromas, parecían concurrir á la excelsa glorificación de ese recuerdo inmutable, y yo sentí que sin querer, acudía á mis labios temblorosos aquella sencilla oración que aprendí de mi madre en mi lejana niñez: «Padre nuestro que estás en los cielos. . . .»

Me acerqué con recogimientos de catecúmeno á la barandilla del pedestal. Un ave, como el pensamiento viviente de aquella naturaleza vagamente adoradora, se escapó, rápida, de un macizo de violetas, y se posó en un hombro del héroe. Después soltó su canto.

Entonces, frente al ara granítica que me ofrecía la comunión de las cosas inmóviles y de las ideas perdurables, probé á traducir las notas de ese canto:

¡Salve! Señor, las cumbres de Cipango encantado,
en áureos bancos fijan tu bronce tutelar;
aquí te armó un glorioso destino, de cruzado:
Su espada heroica pliega la túnica talar.

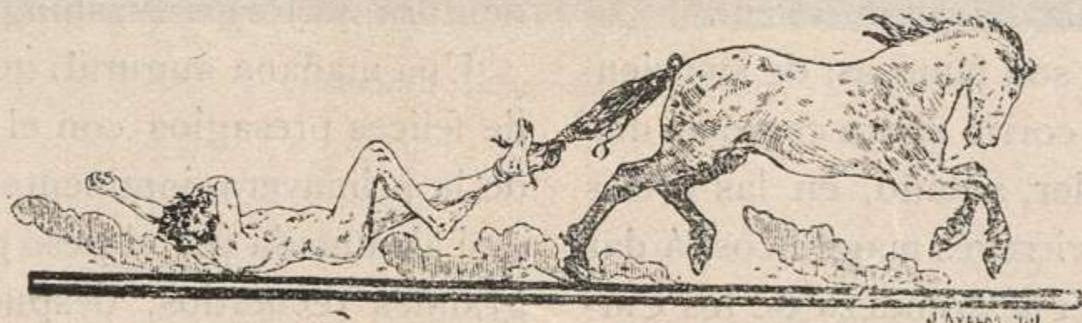
Parece que bendices al pueblo arrodillado,
y que tus manos bajan el cáliz del altar;
así fuiste en las Cruces, Pontífice y Soldado;
Dios estaba contigo: tenías que triunfar.

Las rocas que ayer fueron baluarte en las campañas,
entre las hondas plomos, en tu legión arnés,
humillan en tu plinto su alteza de montañas,

te cercan en rotonda, te sirven de pavés,
y con sus vetas de oro cincelan tus hazañas
eternas, en los bloques suspensos á tus pies.

México, Septiembre de 1906.

RAFAEL LÓPEZ.





NON OMNIS MORIAR.

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
Algo en la urna diáfana del verso,
Piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
Caiga á los golpes del dolor humano,
Ligera tú, del campo entenebrido,
Levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerme
Que muda aspira la infinita calma,
Oigas la voz de todo lo que duerme
¡Con los ojos abiertos en mi alma!

Hondos recuerdos de fugaces días,
Ternezas tristes que suspiran solas;
Pálidas, enfermizas alegrías
Sollozando al compás de las violas, . . .

Todo lo que medroso oculta el hombre,
Se escapará, vibrante, del poeta,
En áureo ritmo de oración secreta
Que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
Suenan mis versos en tu oído atento,
Y en el cristal, que con mi soplo empañó,
Mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
Dirás de mi errabunda poesía:
Era triste, vulgar lo que cantaba. . . .
¡Mas, qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
Del coro universal, vívido y almo;
Y porque brillan lágrimas ignotas
En el amargo cáliz de mi salmo;

Porque existe la Santa Poesía
Y en ella irradas tú, mientras disperso
Átomo de mi ser esconda el verso,
¡No moriré del todo, amiga mía!

1893.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.





NICANOR BOLET PERAZA.

En Broocklin, la ciudad del hierro, se ha extinguido un férreo espíritu: Nicanor Bolet Peraza, cuya fecunda vida está ligada á casi todos los acontecimientos importantes de su país, durante los últimos treinta años.

Militar, literato, diplomático, orador y estadista, supo hacerse notar en la tribuna parlamentaria, en la prensa periódica, en los consejos de gobierno y en la arena de las luchas sangrientas; pero su gran pasión fué el Arte, que amó con amor hondo y sincero, y al cual consagró las mejores fuerzas de su juventud y de su ancianidad. En este hombre había, indudablemente, el germen de un artista, que el medio malogró. Le tocó actuar en épocas difíciles de turbulencias intestinas, en que había que manejar simultáneamente la pluma y la espada. Los pueblos jóvenes creen que un hombre de talento, debe serlo todo, desde poeta hasta soldado! De ahí que organizaciones artísticas privilegiadas y pletóricas, que empiezan con inusitados bríos, solicitadas en distintos rum-

bos de la humana actividad, se aplasten en la mitad del camino. Aquí mismo sobran ejemplos; podría citar nombres, pero prefiero callarlos. Lo indudable es que vivir sólo del arte es imposible —hablo de nosotros,— y quien osara intentarlo, se moriría de hambre! El mal, siendo irremediable, á lo menos por ahora, justifica esas desviaciones. No pretendamos entonces de los «pioneers» que están talando la selva y el bosque, la obra definitiva y completa. Contentémonos con ser ensayistas en política, en ciencias, en arte, en todo; no midamos nuestros «grandes hombres» con el cartabón universal, no los comparemos con los Gladstone, los Pasteur y los Hugo, porque resultarían liliputienses; ni pretendamos que la joven América, casi salvaje todavía, dé esos frutos espléndidos, que son la resultante de veinte siglos de civilización! Dentro, pues, del radio primitivo donde le tocó actuar, el hombre que acaba de morir —por las múltiples facetas de su inteligencia— era una figura de contornos descollantes, no sólo en su país, sino en

todo el continente. Su biografía es larga y nutrida. Alguien la escribirá.

El escalafón militar lo ascendió grado á grado, desde cadete hasta general. Caudillo en las luchas civiles de Venezuela, se improvisó periodista militante y guerrero, siendo tenaz y bravío en sus campañas políticas, como en aquella famosa contra Guzmán Blanco, que le valió el ostracismo y que dió por tierra con la dictadura. Fué en distintos periodos diputado, senador, consejero de estado, candidato á la presidencia, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario; y dentro y fuera de la República, supo servirla y honrarla con su palabra y con su pluma, hasta el instante postrero en que la muerte le sorprende desempeñando un alto cargo diplomático ante el gobierno de la Unión.

La labor del intelectual no es menor que la del estadista: llenaría decenas de volúmenes si se la reuniera íntegra. Se ensayó con suerte desigual, en el cuento realista, en la tradición histórica, en la descripción de la naturaleza y en el panfleto de la crítica literaria. Hacía arte y sabía apreciarlo. Todos los que lo cultivan con algún éxito, hallaban en él un defensor. Si por algo pecó, fué por bondadoso y contemporizador, quizá porque sabía por experiencia propia, cuántas amarguras y desvelos cuesta el arrancar del fondo del cerebro y del alma la estrofa bañada en sangre ó en lágrimas, la página vigorosamente pensada y escrita ó la arenga levantada y vibrante. En su corazón no había lugar para la envidia ó maldad, tan difundidas en todas las sendas de la vida; lo llenaban por entero la patria, la familia, el arte. Dígalo si no Rubén Darío, que lo conoció íntimamente en Nueva York, y diga cómo le recibió. Así fué siempre durante toda su existencia: leal, noble caballeresco. Martí, el grande y glorioso José Martí, tuvo en él más que un amigo,

un hermano; lo tuvo Julián del Casal y tantos y tantos espíritus escogidos que se le acercaban con simpatía y le dejaban con dolor.

La evolución literaria modernista, que iniciaron los tres escritores mencionados, halló en Bolet Peraza, un compañero que predicaba con la palabra y con el ejemplo; tomó parte en ella, la sostuvo y la dió impulso en la «Revista Ilustrada.» Y, cuando los viejos encastillados en rutinarios prejuicios, la miraban con antipatía, haciéndola blanco de fuegos nutridos, levantó de nuevo en las «Tres Américas» de Nueva York, la bandera del ideal!

En las colecciones de esas y otras publicaciones, ha dejado la huella de su labor de crítico impresionista —más apoloético que justiciero— y allí dió á conocer los nombres de Carlos y Federico Urbach, Enrique Gómez Carrillo, Clemente Palma, Francisco García Cisneros, José S. Chocano, Arturo Ambrojo, Darío Herrera, Andrés A. Mata y Amado Nervo, algunos de los cuales suenan ya en los centros intelectuales de Europa.

De cerca ó de lejos seguía el movimiento de las ideas en América, alentando siempre con su palabra bondadosa y amable, todo esfuerzo sincero, toda tentativa viril, toda esperanza.

Es de sentirse, sin embargo, que á veces, en la apreciación de las obras literarias, haya extremado el elogio; pero lo sería más si hubiera cometido á sabiendas injusticias ó si hubiera hecho el mal por el placer de hacerlo, como suelen usar las almas pequeñas y rastreras.

De una de sus últimas cartas que tengo á la vista, voy á reproducir algunos párrafos que pintan su carácter y me honran.

Decíame: «Es Ud. de los hombres sin envidias, que son los en que yo creo; así como no tengo por ricos sino á los que emplean liberalmente su riqueza, pues el

egoísta y el envidioso lo son, porque se sienten vacíos y estériles. Es Ud. de los que alientan, es Ud. de los nobles del arte.

«Yo quisiera poder decir muchas de las cosas que Ud. dice y expresarlas en ese su estilo hermoso y vivo, que las hace aún más persuasivas y bellas. Me regocijo en ver que es Ud. ecléctico, que es ser liberal, y yo lo soy en letras como en todo. Aunque me formé en épocas ya lejanas de la literatura, mi natural independiente me salvó de quedarme enclavado en ninguna de aquellas escuelas, de modo que la evolución literaria moderna me ha encontrado propicio á sus tendencias y simpático á sus entusiasmos.

«Lamentable es que vivamos los pueblos americanos tan poco federados en punto á literatura, como vivimos tan poco intimados en política continental. Los escritores de uno y otro extremo del nuevo mundo hispano, apenas nos conocemos. Siquiera San Martín y Bolívar se apretaron las manos un día. Nuestras letras aún no se las han estrechado. Un congreso literario latino-americano es ya una necesidad improrrogable; y entretanto llega ese día glorioso, bueno es que los que de lejos nos amamos adivinándonos, nos acerquemos más y más, por el cambio de nuestras respectivas labores.»

Las líneas transcriptas transparentan la inagotable bondad de su temperamento: el rasgo característico. Incapaz de herir, prefería saltar sobre los defectos, abri-llantando las cualidades. Y no era falta de superior criterio lo que lo llevaba á disi-

mular los gazapos ó los vacíos que pudiera notar en la producción ajena, sino el deseo de alentar para que se produjera mejor, ya que por desgracia, esa es la única recompensa que cosecha el escritor en estas repúblicas plebeyas, donde cualquier patán con dinero, es socialmente estimado más que todos los talentos juntos.

Lo único que reunió en libro, son sus «Cartas Gredalences» y sus impresiones de viaje por Italia, España y Francia, aparecidas en Filadelfia. Su hijo, juntará y seleccionará seguramente los muchos materiales dispersos en diarios, revistas y folletos, entre los cuales —como ya he dicho— hay artículos de costumbres, cuentos, novelas y monografías históricas, dignas de conservarse.

Será un acto de justicia, una obra de bien y el mejor recuerdo que podrá dedicar á la memoria de su padre.

Y mientras Venezuela se apresta á recibir sus restos con los honores debidos á su rango, la juventud estudiosa de América le llora y los artistas y poetas depositan coronas de laureles y siemprevivas sobre su féretro, yo saludo su partida sin retorno en estas líneas desordenadas, escritas á escape, y las envío como una modesta ofrenda de respeto al escritor y al hombre que tuvo más de una vez frases cariñosas para mí, que no olvidó nunca el deber, que amó la patria y el arte por encima de todas las cosas de la tierra, y que vivió y murió querido por todos, como viven y mueren los justos y los buenos!

LUIS BERISSO.

(Argentino).





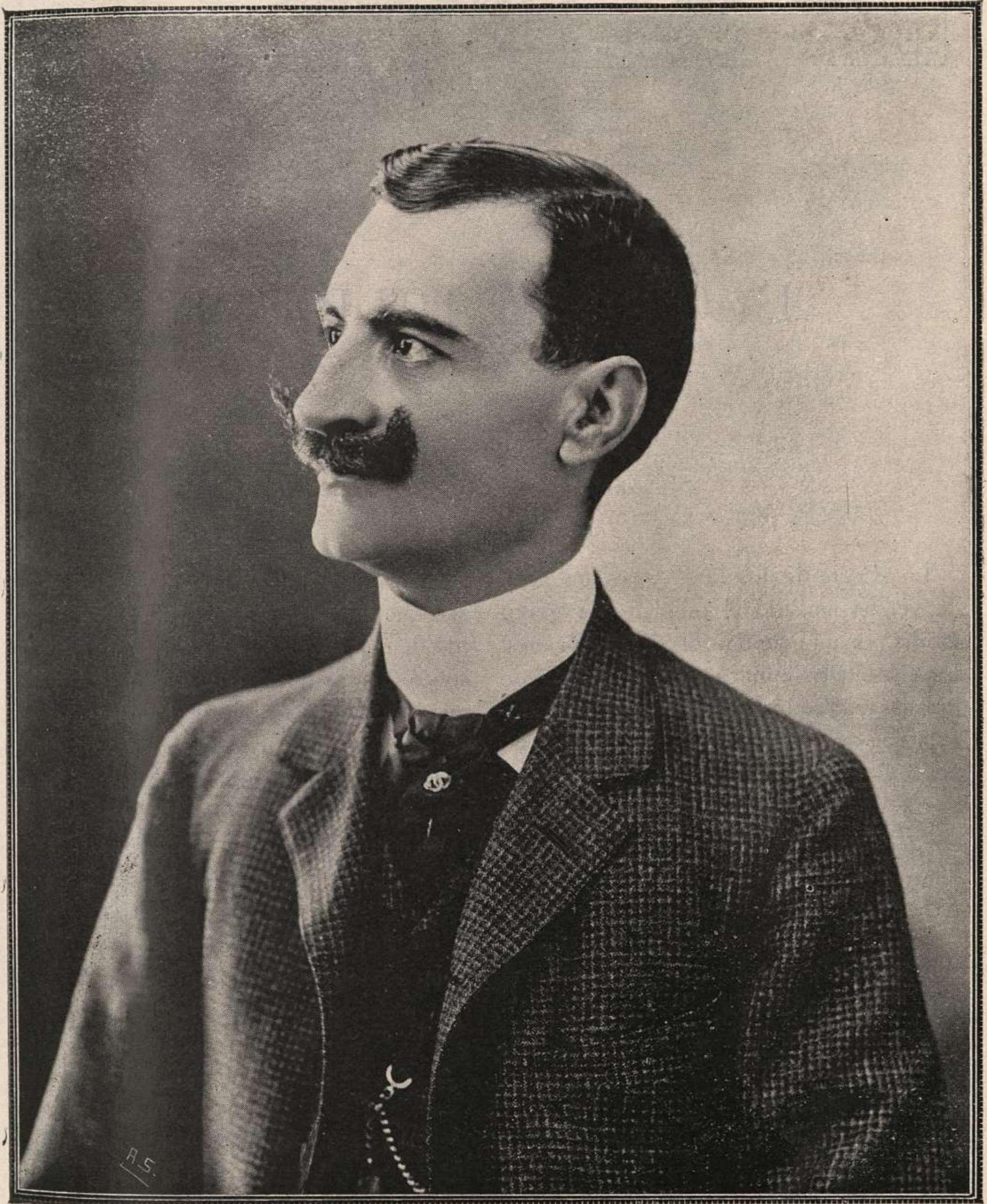
DE HIERRO.

Los potros que en la Pampa sin confines
 desatan la tormenta de sus crines,
 las rocas de granito seculares
 labradas por la espuma de los mares,
 los altos campanarios macilentos
 que tiemblan al empuje de los vientos,
 no sufren lo que sufren en la lidia
 los que, bajo el azote de la envidia,
 desdeñan la amenaza de las muertes,
 y no pueden odiar, porque son fuertes!

Como animales que el turbión ahuyenta,
 pasan entre jirones de tormenta
 con gritos de rencor en las gargantas
 los heraldos del mal bajo sus plantas,
 y ellos heroicos, altos, intangibles,
 como crestas de ideal inaccesibles,
 mudos, ensimismados y serenos,
 —porque sólo los tristes son los buenos,—
 dejan flotar al viento que la irisa
 la bandera triunfal de su sonrisa!

París.

MANUEL UGARTE.



José M. Espinosa y Cuevas, electo últimamente gobernador constitucional del Estado de San Luis Potosí.



LA CORTE DE LOS POETAS.

ANTOLOGÍA.

La «Corte de los Poetas» es un libro de versos lanzado al público con gentil osadía por un grupo de escritores jóvenes. La «Nota Preliminar,» escrita por uno de los más inspirados —Emilio Carrere,— revela una agresividad innecesaria, pero no del todo inadecuada. Es un penacho airoso que sienta bien al yelmo del mantenedor de ideales. Los tiempos le parecen hostiles á la poesía, y devuelve la hostilidad proclamando su reto.

Como estas líneas no tratan de resolver el tenebroso problema de si falta público para los poetas, ó faltan poetas para el público, sino de contribuir á la divulgación de la última antología, huelga el dogmatismo. Sesenta y siete poetas, la mayor parte estimabilísimos, geniales algunos, constituyen un buen argumento de hecho. Recuérdese, por otra parte, que en las épocas de mayor florecimiento no han faltado nunca plañideros: ¡Ya no hay poetas! Todo es cuestión de perspectiva, y quizá este período sea con el tiempo, en nuestra historia literaria, un bello renacer. El gran

público puede juzgar leyendo algunas poesías que entresacamos del volumen, sin ánimo de dar la flor de la flor. Aunque «ni son todos los que están, ni están todos los que son,» habría necesidad de reproducir casi todo el libro para ser justos.

Figuran en la antología varios poetas de América, al frente de ellos Rubén Darío, en cierto modo —al menos en la forma y en una exótica fusión de los viejos clásicos, y los novísimos franceses— generador de la nueva tendencia poética española. Sus poesías son bien conocidas para que necesitemos reproducirlas aquí. En estas mismas columnas han de hablar plumas doctas de la trascendencia é influencia de la poesía castellana de América, desde José Asunción Silva, Juan de Dios Peza y Díaz Mirón, hasta Darío, Nervo, Lugones, Chocano, Díaz, Naon, Icaza, Bobadilla, Othon, Ugarte. Alguno habremos olvidado en esta rápida reseña.—Los poetas españoles —de España— son tantos y de tan varia personalidad, que necesitarían mucho más espacio del que disponemos.

Sin intención crítica reproduciremos en estos folletines de *Los Lunes*, algunas poesías ó algunos fragmentos que pueden servir de cebo para el lector deseoso de apreciar por sí mismo el rumbo de la poesía castellana á principios del siglo XX.

*
* *

RIMAS.

En la quietud de estos valles
llenos de dulce añoranza,
suenan bajo el cielo azul
las esquilas de las vacas.

El sol se duerme en la hierba;
y en la ribera dorada
los árboles verdes sueñan
al són lloroso del agua.

El pastor está apoyado
sobre su larga cayada,
mirando al sol de la tarde
de primavera; y las vacas

van por el valle de oro
subiendo hacia la montaña,
al són lejano y dormido
de sus esquilas con lágrimas.

Pastor, toca un aire dulce
y quejumbroso en tu flauta,
llora en estos valles llenos
de languidez y añoranza;

llora la hierba del suelo,
llora el diamante del agua,
llora el ensueño del sol
y los ocasos del alma.

Que todo el valle se inunde
con el llanto de tu flauta:
al otro lado del monte
están los campos de España.

JUAN R. JIMÉNEZ.

*
* *

EL MAESTRO.

Barba de padre río, luenga y alba
tenía mi maestro; porte rudo
de militar y un gorro de velludo
que protegía su luciente calva.

En Africa luchó: — Farnesio y Alba
rindan á Prim sus lauros, que al desnudo
moro ahuyentaba su mirar agudo
como á la noche la explosión del alba. —

¡Oh, la escuela del pueblo! ¡Y el cariño
del sol, que, entrando en ella, se hace niño!
¡Y la lección cansina que decoran
los chicos! ¡Y el maestro á quien no pagan
y corrige, y explica, mientras vagan
sus ojos dulces que por dentro lloran! . . .

ENRIQUE DÍEZ CANEDO.

*
* *

EL CABALLERO DE LA MUERTE.

Eso que estás esperan lo
día y noche y nunca viene,
eso que siempre te falta
mientras vives, es la muerte.

AUGUSTO FERRÁN.

I

Apoyada en el vitral,
Margarita, la cuitada,
pesares de enamorada
cantá con voz de cristal.
Y su voz dice la pena
que amarga sus verdes años.
«Tiene los ojos castaños
y dorada la melena.
Suya es esa voz que suena
llorosa, en la lejanía.»

Nada se oía.

Sólo la fuente riente
decía su serenata.
Sólo la risa de plata
de la fuente.

II

La niña en su triste suerte
 recuerda la despedida.
 «Te amaré toda la vida.....
 ¡y hasta después de la muerte!
 Ven, caballero Ideal;
 ven, romero del Amor,
 ven á curar mi dolor
 con tu mejor madrigal.
 Suya es la voz de cristal
 que suena en la lejanía.»
 Nada se oía.
 Sólo en el clave cercano
 sonó una nota perdida.....
 Sólo el alma dolorida
 del piano.

III

La niña, al amor rendida,
 sigue sus sueños urdiendo,
 sigue tejiendo, tejiendo.....
 y lo que teje es su vida.
 «¡Ya viene mi bien amado
 con su melena de oro;
 ya escucho el paso sonoro
 de su caballo nevado!»
 Su corazón la ha burlado.
 Nada, allá, en la lejanía
 se veía.
 La luna fingía una
 quimera, en el bosque umbroso.
 Sólo el rostro milagroso
 de la luna.

IV

«Ya estoy aquí, Margarita,»
 —dijo el pálido enlutado.—
 «Yo soy el enamorado
 que nunca falta á la cita.»
 Ya sus mejillas ajadas
 tienen tonos sepulcrales,
 y sus manos ideales
 están mustias y cruzadas.
 Suenan lentas campanadas
 que lloran en lejanía
 una elegía.

No vino el blondo romero
 de amor, á endulzar su suerte.
 Sólo llegó el Caballero
 de la Muerte.

EMILIO CARRERE.

*
 * *

LOS VIEJOS.

Cuando hay corro de viejos marineros,
 nos paramos con ellos á charlar.
 Ellos se nos ofrecen consejeros:
 nosotros les venimos á tentar.

Ellos nos hablan de los casos fieros
 que han visto, ya en la tierra, ya en el mar:
 nosotros, de los casos lisonjeros
 que en la tierra esperamos y en el mar.

Ellos saben poner ojos severos
 viendo sus juventudes retoñar:
 nosotros, unos ojos lastimeros
 viendo nuestras vejeces apuntar.

De aquel corro de viejos marineros,
 que no nos venga nadie á separar:
 en su desilusión cobra más fueros
 la fuerza audaz de nuestra poca edad.

¡Oh! ¡En aquellos desiertos tan austeros,
 nuestro rosal florece sin cesar!
 ¡Oh! ¡En las nieves de aquellos derroteros,
 engrosa nuestra fuente su caudal!

El hablar de los viejos marineros,
 es levadura para nuestro pan:
 si alguna vez queréis fortaleceros,
 llegad á ver de cerca vuestro mal.

Nada hay duro que pueda endureceros;
 nada hay malo que os haga siempre mal;
 nada hay, en todos los destinos fieros,
 de que á la postre no podáis triunfar.

En su corro, los viejos marineros,
 si os hablan de la tierra, os hablan mal;
 pero madrugan á ver los primeros
 rayos de sol riendo en el mar.

EDUARDO MARQUINA.

*
* ***MI MANO DERECHA.**

¡Mira cómo late!—susurró mi amada,
trémula, rendida, llena de emoción....
¡Y tomó mi diestra pálida y cansada
y la puso encima de su corazón! ...

Inquietante dueño de mis horas tristes,
¡cuán emocionado tu tic-tac oí!....
Ya mis dudas cesan porque sé que existes...
¡Ay, corazoncito!..... ¡Latirás por mí?

Se agitó mi mano con tu ritmo suave,
que perpetuamente volveré á escuchar;
con tus intranquilos aleteos de ave,
que á los cielos mira sin poder volar.....

Desde aquella santa, luminosa fecha
que impulsó mi vida, que cambió mi ser,
tiene algo de augusta mi mano derecha
y arde en entusiasmo, vibra de placer....

Como si blandiese vencedora espada
surca los espacios que ha de conquistar....
Como noble enseña signa desplegada....
¡Por donde ella pase la veréis triunfar!

Bálsamo es que cura penas y dolores
y se ofrece á todos efusiva y fiel....
Va por los abismos derramando flores....
¡Del humano cáliz verterá la hiel!....

¡Que mi mano es santa!.. Brilla consagrada
para las bondades, para la ilusión....
¡Porque entre las tuyas la tomó mi amada
y la puso encima de su corazón!

ANTONIO PALOMERO.

*
* ***LA HIJA DEL VENTERO.**

«La hija callaba y de cuando
en cuando se sonreía.»—
CERVANTES. — QUIJOTE.

«La hija callaba
y se sonreía»....
Divino silencio,
preciosa sonrisa,

¿por qué estáis presentes
en la mente mía?

La venta está sola.
Maritornes guiña
los ojos durmiéndose....
La ventera hila.
Su mercé el Ventero
en la puerta atisba
si alguien llega.... El viento
barre la campiña.

Al rincón del fuego
sentada la Hija—
soñando en los libros
de Caballerías—
con sus ojos garzos
ve morir el día
tras el horizonte....

Parda y desabrida
la Mancha se hunde
en la Noche fría.

MANUEL MACHADO.

*
* ***ALMAS PARALÍTICAS.**

Del zaguán en los huecos que hay entre losa y losa,
ha nacido esa hierba maldita, venenosa,
que hay también en los muros tristes del cementerio:
esa hierba que dice «abandono,» «misterio,»
que cubre los jardines que ya nadie visita:
hierba más melancólica que una rosa marchita.

Yo traigo el alma llena de esa hierba maldita;
ha brotado lozana en forma de rencores
y perfila las losas de mis muertos amores.

«Cada mansión respira un peculiar aliento
que es su voz muda:» á solas en mi casa he pensado;
y, mi espíritu ungido de aromas del pasado,
gustó en sus paladares recónditos, con lento
saborear, añejos vinos y antiguas mieles
que había en las bodegas del alma, en los toneles
de la memoria.

Aspiro de aquel viejo convento,
en cuyos claustros duermen mis risas infantiles,
los aromas caducos, como alientos seniles,
de muerte y paz. Cerrando los ojos aun lo siento:
ese olor á pobreza de las santas mansiones,
poblado de inefables, dulces insinuaciones.

Perdido en la aridez de un castellano yermo
nuestro convento erguíase ensoñador y adusto,

con la serena y mística idealidad de un justo
que al cielo mira, viéndose desvalido y enfermo:
pues volaban los éxtasis, los divinos anhelos
por el azul y diáfano pabellón de los cielos.
Aquí, en la triste Asturias, la bóveda plomiza
parece que nos muestra á Dios hecho ceniza.
¡Oh, vetusto convento! aun guardo en mis entrañas
tu aliento, voz de músicas extrañas,
fragante y rumoroso como órgano de cañas
que hace cantar el río con su mansa corriente.

PEREZ DE AYALA.

*
* *

LA HERMANA.

En tierra lejana
tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.

Y á la golondrina,
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:
—¡Por aquella espina
que arrancaste á Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!—
El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa
bajo el sol se aleja.

Desde su ventana
mi pálida hermana
pregunta al viajero
que camina triste:
—¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!—
Pero el pasajero
su calvario sube
y se aleja lento
dejando una nube
de polvo en el viento.

Desde su ventana,
á la luna grita
mi pálida hermana:
—¡Por la faz bendita
del Crucificado,

dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado.—
La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina
y en el mar se apaga.

Acaso yo errante
pase, vacilante
bajo tu ventana,
y sin conocerme
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:
—Dime, peregrino,
¿has visto á mi hermano
por ese camino?

FRANCISCO VILLAESPESA.

*
* *

DEL CAMINO.

Daba el reloj las doce..... y eran doce
golpes de azada en tierra.....
...¡Mi hora! — grité—..... El silencio
me respondió:—No temas:
tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.
Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca á otra ribera.

En la miseria larga del camino,
la hora florida, brota,
de tu amor, como espino solitario
del valle humilde á la revuelta umbrosa.
El salmo verdadero
de tenue voz, hoy torna
lento á mi corazón y da á mis labios
la palabra quebrada y temblorosa.
Mis viejos mares duermen; se apagaron
sus espumas sonoras
sobre la playa estéril. La tormenta
camina lejos en la nube torva.
Vuelve la paz al cielo;

la brisa tutelar esparce aromas
otra vez sobre el campo, y aparece
en la bendita soledad tu sombra.

Crear fiestas de amores
en nuestro amor pensamos,
quemar nuevos aromas
en montes no pisados,
y guardar el secreto
de nuestros rostros pálidos,
porque en las bacanales de la vida
vacías nuestras copas conservamos,
mientras con eco de cristal y espuma
rien los zumos de la vid dorados.

.....

Un pájaro escondido en la enramada
del parque solitario,
silba burlón....

Nosotros exprimimos
la penumbra de un sueño en nuestro vaso...
y algo, que es tierra en nuestra carne, siente
la humedad del jardín como un halago.

ANTONIO MACHADO.

*
* *

LETRILLA.

DE DOÑA MENCÍA A DOÑA BELISA.

Amor, que es niño y travieso,
me mata con sus mercedes.
Hame tendido sus redes
y hame preso.

Pedíame, dueña y amiga,
que os diga
mis bienandanzas de bella,
y la cuitada cantiga
sólo oiréis de mi querella.
Ya no río. Ya no canto.
Del arca en el fondo están,
basquiña de veludillo,
pañizuelos, y tontillo,
y la prenda de mi encanto,
aquel primoroso manto
de bordado tafetán.
Que amor, que es niño y travieso,

me mata con sus mercedes.
Hame tendido sus redes
y hame preso.

Y sabréis, Doña Belisa,
que sólo salgo á la misa
de las madres recoletas,
que ya no me regodeo,
ni bullo, ni me paseo
por San Blas, ni por el Prado
que amo pláticas secretas
tenidas en el estrado,
y triste cilicio ciño
por la culpa de un doncel,
que Amor me llevó al cariño
de uno que es travieso y niño
como él.

.....

Dejadme, dueña y amiga,
que no siga
con tan plañidero són.
A vos os digo el secreto
á que me obliga el afeto
de nuestra vieja afición.
Pero no es bien que mi lengua
al viento diga mi mengua,
y mi escándalo predique
mi canción.

Y pues mi mal conocedes
si halláis afrenta en mi exceso
no preguntéis por mi seso,
que la deidad que sabedes
hame tendido sus redes
y hame preso.

PEDRO DE RÉPIDE.

*
* *

EL EMBARGO.

Señol jueves, pasi usté más alanti
y que entrin tós esos.
No le dé á usté ansia,
no le dé á usté mieo....
Si venís antiyel á afligila,
sos tumbo á la puerta. ¡Pero ya s'a muerto!

Embargal, embargal los avíos,
 que aquí no hay dinero:
 lo he gastao en comias pa ella
 y en boticas que no le sirvieron;
 y eso que me quea,
 porque no me dió tiempo á vendello,
 ya me está sobrando,
 ya me está gediendo!
 Embargal esi sacho de pico
 y esas jocis clavás en el techo,
 y esa segureja
 y esi cacho é liendro....
 ¡Jerramientas, que no quedí una!
 ¿Yo pa qué las quiero?
 Si tuviá que ganalo pa ella,
 ¡cualisquiá me quitaba á mí eso!
 Pero ya no quió vel esi sacho,
 ni esas jocis clavás en el techo,
 ni esa segureja
 ni esi cacho é liendro....
 Pero á vel, señol jue: cuidiaíto
 si alguno de esos

es osao de tocali á esa cama
 ondi ella s'a muerto:
 la camita ondi yo la he querío
 cuando dambos estábamos güenos,
 la camita ondi yo la he cuidiao,
 la camita ondi estuvo su cuerpo
 cuatro mesis vivo
 y una nochi muerto!.....
 ¡Señol jue: que nenguno sea osao
 de tocali á esa cama ni un pelo,
 porque aquí lo jinco
 delanti usté mesmo!
 Lleváisoslo todu,
 todu menos eso,
 que esas mantas tienin
 suol de su cuerpo....
 ¡y me güelin, me güelin á ella
 cá ves que las güelo!....

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

El Imparcial, de Madrid.

AL PÚBLICO.

Por ausencia del Sr. Manuel del Castillo, que por mejoría ha pasado á prestar sus servicios á la acreditada Compañía de Seguros sobre la Vida, «LA MEXICANA,» lo ha substituido en esta redacción, como secretario de ella, el Sr. Emilio Valenzuela, que ya se hizo cargo de su nuevo empleo. Por otra parte, el mismo señor Valenzuela, ha adquirido en propiedad el cincuenta por ciento de la «Revista Moderna de México,» quedando en compañía

del señor Amado Nervo. El señor don Jesús E. Valenzuela continuará como Director del periódico, y el señor Licenciado Jesús Urueta como Consultor Artístico. «La Revista Moderna de México» publicará mensualmente, como hasta ahora, una hermosa tricromía, demostrando con esto, una vez más, su interés de corresponder á la buena acogida que le dispensan sus lectores,



TROQUEL.

Del espejo turquí de la laguna
Surge una roca que un nopal sustenta,
Y en ese cacto un águila se sienta
Y un pueblo en ese erial pone su cuna.

Huella el ave de Júpiter con una
Garra el tunal que en el peñón se asienta,
Y de infinito y de poder sedienta
Provoca con denuedo á la fortuna.

Con el pico acerado y la otra garra,
Una rampante víbora desgarrar
El vuelo alzando rumbo á la victoria,

Y orna el peñón que en el cristal culmina
Una guirnalda de laurel y encina,
Símbolos de la fuerza y de la gloria.

Guatemala.

EFRÉN REBOLLEDO.



LA ESMERALDA AZUL.

(Racconto de Luigi Motta).

En un escenario, maravilloso por la grandiosidad del panorama, por el esplendor de los cielos, por el contraste de lo bello con lo terrible, se desarrolla esta dramática historia, que comienza suave como un idilio, y se desenlaza trágicamente. El autor, conocido como escritor de novelas de aventuras, ha sabido presentar con viveza en el protagonista, á uno de esos personajes valerosos y caballerescos, que se cautivan presto la simpatía del lector, y lo hace vivir y obrar en medio de circunstancias extraordinarias, sin salirse jamás de lo posible y de lo verosímil. Traducimos íntegra esta interesante narración, que con seguridad impresionará á los lectores de la «Revista»

Un preludeo sentimental.

—Os quedáis, pues, conmigo, doctor?... Haremos colación juntos y os aseguro que no lamentaréis ciertamente haber pasado una hora en compañía de la Condesa Sabina. Son tan bellos estos lugares.... Mirad: es todo un florecer de jazmines, y un blanquear de gardenias,

—Realmente, es delicioso.

—Entonces?... —Y le miró fijamente con sus ojos serenos, en los que lampeaba una dulcísima sonrisa.— Estamos solos, no seremos molestados; nos sentaremos en la terraza y charlaremos como dos campesinos.... Cuánta poesía.... estar juntos, frente á un panorama tan delicioso, en medio de esta gloria de flores y de perfumes.

—No me tentéis, Condesa!.... Sabéis bien que debo partir. Me espera esta tarde en Milán el Conde Sarri; su hermano está muy grave....

—Mentiroso!... por qué no decís más bien que se trata de una dulce amiga?...

—Ah, no, Condesa; ni lo creéis ni lo sospecháis siquiera.... Bien grato me será permanecer.... pero hagamos un pacto: satisfaced mi curiosidad; referidme cómo y en qué circunstancias os fué robada aquella famosa «Esmeralda Azul» que el

Conde os había obsequiado doce años atrás, cuando regresó de su afortunadísimo viaje.

—No lo sabéis?

—Os lo aseguro.

--Me prometéis, entonces, quedaros?...

—Bajo mi palabra.

—Gracias! . . . Os contaré todo yo misma; pero cómo podré recordarlo, eh? Estamos, pues, de acuerdo Y ahora, queréis darme el brazo?

VILLA HAWA.

«Villa Hawa» era una estancia deliciosa. Situada donde termina el Benaco, en una quieta ensenada, y acariciada por las ondas, está toda oculta entre acantilados escabrosos que el sol y el tiempo han vuelto oscuros, como fragmentos de lava.

El monte, que forma con su base una grandiosa ensenada, parece desprenderse del agua, y con un contorno de curvas caprichosas se eleva hacia el cielo, esbozando en su grupo un verde bosque de ramas floridas, cuyo fondo se interrumpe á ratos por las surgentes cúpulas de blancas «villas,» y por el soberbio elevarse de alguna pequeña pagoda reluciente.

Gardase entreve apenas entre un cabri-lleo de aguas refulgentes, escondida por San Vigilio, —negro escollo que, semejante á un enorme espolón, se hunde en las aguas á cuyo margen; entre los pinos que se alzan al cielo, se alinea una construcción antigua, de aspecto vetusto, dominadora tal vez en los tiempos para siempre lejanos del feudalismo.

El Baldo, como austero vigilante de la frontera itálica y tras el promontorio rocoso, con sus ancas escabrosas é hirsutas, se eleva á grandes trazos, anhelante tal vez de alcanzar el infinito, nebuloso á veces, y á veces sereno como una frente juvenil,

se ve todo luminoso de sol, de manera que parece sonreír felizmente frente á la gran visión de la tersa concha del lago y de los países que florecen en sus riberas, y de los claros montes vecinos: rivales seculares que le acechan.

«Villa Hawa,» era ciertamente el lugar más tranquilo de aquella zona. No había caminos que pasaran por delante ó detrás de ella; estaba sola, completamente sola, surgiendo como una visión de ensueño en medio de la verdura y de las flores, en frente del agua, bajo la gran mole del viejo Baldo que parecía la protegiese.

Todos los días —por la mañana, el mediodía y la tarde,— el vaporcillo que hace la travesía entre Peschiera y Riva, se detiene á pocas toesas frente á San Vigilio, cerca de los acantilados que rompen con grandes manchas oscuras la plata de las ondas.

No descienden sino pocas personas; alguna «miss» inglesa, de cabellos de un rubio deslavado, ó algún grueso tedesco que desembarca una canoa en la pequeña dársena de la hostería, porque, triste ironía del destino, la vetusta casa señorial se ha convertido ahora en un elegante punto de cita estival, frecuentado por quienes gustan de pasar la vida en una tranquilidad profunda.

La «villa,» que surgía al flanco de aquel coloso, parecía el sueño de un arquitecto bizarro. Era ligera y graciosa, lucía el estilo renacimiento, con ciertas originalidades ornamentales, bien en la parte frontal, como en los lados, cubiertos siempre de hiedra y revestidos de flores.

Un breve valle conducía del prado á la terraza, último tramo de la roca sobre que erguía la «villa,» y que avanzaba sobre las ondas, á la que se podía subir merced á las pequeñas gradas cavadas en la roca. En aquel delicioso retiro, la Condesa Sabina, mujer intelectual y cortés, solía almor

zar y transcurir algunas horas del día leyendo recostada en un «chaise-longue.»

Aquel día era ella feliz. El acaso le había conducido de la vecina Brescia al doctor Arienti, joven ardiente y culto, cuya mente, sin embargo, estaba impresionada por locos sueños espíritas, en los que creía infantilmente, y á tal punto, que constituían casi la base absoluta de su vida! . . .

Las doctrinas de los filósofos antiguos, relativas á la inmortalidad del alma, encontraban en él un secuaz convencido, y más de una vez había sostenido acaloradamente aquella loca teoría: «de habitar en la sombra de los reinos ultra-terrenos en las moléculas del infinito.»



Arienti estaba sentado frente á Sabina, y ante él, sobre la blancura inmaculada del perfumado lino, se alzaba una copa triunfal llena de suavísimas frutas, á la que sonreían amorcillos y geniecillos graciosos, intercalados á ramas frutales que recordaban una era de arte lejana, casi barroca.

En los ojos de Sabina brillaba la alegría intensa de haber vencido al reluctante amigo; en los ojos de él, el recóndito placer

de haberse dejado seducir y de ser comensal de una mujer joven aún, bella é intelectual.

Y como de una quieta fuente escapan las aguas tersas y fresquísimas con un dulce murmullo de misterio, así de los labios de ellos empezaron á salir ininterrumpidas mil cosas y mil proyectos audaces é infantiles, y mil palabras, ora vanas, ora llenas de blandas esperanzas ó de lamentaciones lejanas.

Él la escuchaba como puede escucharse un sonido maravilloso, rico de seducción, que vence el alma. Y ahora la blonda sirena descorría el velo que cubría su bella alma evocadora, y hablaba ya sin secretos, haciendo irradiar el encanto de sus ojos oscuros, lanzando graciosas risas jocosas y envolviendo á Arienti, el hombre fuerte é invencible, en una dulcísima red, toda de seducción, de esperanzas secretas y de encantos.

Arienti permanecía extasiado. Estaba pendiente de los labios de ella, y pensaba en su corazón, que la condesa era una mujer encantadora, y que el Destino le había sido favorable, sugiriéndole olvidar un instante á los amigos lejanos, y permanecer en su compañía.

—Sois divina —concluyó al fin, tomándole la mano diáfana y sutil,— y habláis con tal voz, que me parece á veces escuchar á las blandas sirenas que cantan por la noche, allá, en el verde Sirmio, cerca del recóndito asilo del poeta Catullo.

—No me alabéis, Arienti! . . . Sabéis bien que jamás podré creerlos. Vosotros los hombres sois tan aduladores. . . . y vos, sobre todo, querido amigo, sabéis poetizar tan bien. . . .

—No lo penséis S. . . . Condesa —dijo corrigiéndose violentamente: y ella rió con una pequeña risa alegre,— digo sólo lo que el corazón me arroja á los labios. . . . nada más! . . .

—Y de esta manera, pensando en Sabina —agregó ella sonriendo irónicamente,— habéis olvidado la historia de la «Esmeralda Azul?»

—Jamás! . . . Y me sería grato que quisierais apagar mi inmoderada curiosidad.

—Bien, con gusto. Pero esperad un instante. Queréis ofrecerme un cigarro? . . . La conversación será así más seductora, según creo. Luego, las blancas volutas de humo, su perfume, todo eso, en suma, creo dará más fuerza al misterio; os parece?

Él rió con ligera entonación, y asintió con la cabeza, mientras ella tomaba con sus dedos sutiles un cigarro que empezó á fumar con encantadora gracia.

Él encendió también el suyo, aspiró algunas bocanadas de humo y esperó.

Dramática desaparición de la esmeralda.

—Vos sabéis —comenzó diciendo Sabina,— que mi difunto esposo, durante los primeros días de nuestro noviazgo, me regaló un magnífico anillo, en el que fulguraba una gema extraña y maravillosa, por la que había rehusado enormes sumas y que, á juicio de conocedores, era de gran precio, dada su absoluta rareza.

Era una especie de esmeralda, no ya totalmente verde, sino estriada de largas venas azules. La había adquirido de un minero en una lejana región americana, en donde se había detenido por algunos meses, atendiendo á los varios intereses que tenía en común con los accionistas de la «Gold Alaska Company.»

Pues bien, dos años después desapareció la «Esmeralda» de un modo raro.

Una noche —la tercera de las que pasábamos en esta villa,— tuvo el Conde que ausentarse de improviso, habiendo sido llamado á Roma por un telegrama. Había quedado, pues, sola; no estaban conmigo

sino un viejo servidor y una camarera; personas ambas muy seguras, que habían servido al Conde desde niño y le habían visto crecer.

Hacia las cuatro de la mañana —lo recuerdo aún perfectamente, como si el hecho hubiera ocurrido ayer,— me desperté de un salto, sacudida por un estrépito de vajilla rota y de argentería trastornada. Briaqué del lecho y oprimí maquinalmente el botón de la campanilla eléctrica, pero nadie me respondió. Llamé entonces por su nombre á mi criado: nada todavía. En un estado de ánimo, que bien podréis imaginaros, salté del lecho y corrí á la ventana.

La abrí y miré hacia el valle. La luna lo alumbraba claramente. En el sendero se diseñaba un grupo de formas extrañas al reflejo interrumpido de las ramas y del blando fulgor lunar.

—Emilio! grité entonces con voz sacudida por la emoción.—Emilio

En aquel instante saltó una sombra de la ventana baja y corrió velocísima hacia el valle.

Quedé aterrada; pero me estremecí de improvisa á la detonación violenta de una arma de fuego.

La sombra, entonces, pareció vacilar; luego corrió aún casi tambaleándose, deteniéndose á veces un instante después desapareció.

Entonces, presa de emoción, me decidí. No quería continuar en el misterio; la ansiedad me oprimía.

Salí de mi alcoba, envuelta en una capa, descendí al vestibulo cuya ventana estaba abierta y llamé con todas mis fuerzas á mi gente.

Llegó Emilio. Llevaba en una mano la pistola y en la otra un cofrecillo.

—Emilio! dije con voz levisima.

—Un ladrón, Condesa.

—Qué tienes en la mano?

—Vuestras joyas. Mirad! . . .

Y me tendió el cofre de laca forrado en raso azul, en el que el rayo lunar jugaba caprichosamente, sacando del oro y de las gemas mil reflejos de fuego.

Con mano trémula levanté los collares de perlas y mi pequeña diadema esmaltada y los aderezos y cintillos; examiné los unos y los otros, volví á hurgar en el cofre, porque había comprendido que muchas joyas, entre las que se contaba la preciosa «Esmeralda Azul,» habían desaparecido.

Permanecí un poco aturdida y emocionada, hasta que la voz de Emilio me volvió á aquella realidad que me parecía incubo.

—Queréis que salgamos, Condesa? —me dijo.—Quizá el ladrón haya abandonado su presa! . . . Le he herido con acierto... habéis visto, Condesa? . . .

Habíamos bajado sobre la esplanada, hasta el valle, que recorrimos por breve tiempo.

En un punto, se inclinó Emilio hacia el suelo.

—Mirad, Condesa! —dijo luego incorporándose; y me tendió un peine de carey constelado de brillantes.

Proseguimos por breve tiempo aún, hasta que como á mitad del valle, en una zona descubierta, porque las ramas eran muy escasas, percibimos manchas de sangre que se hacían cada vez más numerosas y grandes á medida que por aquella dirección adelantábamos.

—Creo que será mejor no proseguir, —dijo entonces Emilio.— Dentro de algunas horas, Condesa, cuando haya amanecido, le encontraremos ciertamente! El bello pícaro no debe haberse alejado mucho con aquella bala en el cuerpo . . . á menos que tenga una vida de refacción! . . .

Y regresamos.

LA LEYENDA DE UNA CAVERNA.

—Al día siguiente —prosiguió Doña Sabina,— la batida se hizo intensa y acertada, acompañados de la autoridad del lugar á la que se había comunicado prontamente el hecho.

El ladrón había logrado arrastrarse hasta aquí, donde nos encontramos ahora. Sin duda, falto de fuerzas, se había apoyado en la meseta, porque se percibía la huella sanguinolenta de una mano; luego había descendido las gradas de la roca, y se embarcó en mi pequeña canoa, que fué encontrada al día siguiente en el paraje de Cisano, toda manchada de sangre.

—Y el ladrón . . . Qué sucedió con él? —preguntó Arienti, con curiosidad por la extraña aventura de la Condesa.

—No se le encontró jamás. No era seguramente de estos lugares, porque nadie de los alrededores observó la desaparición de persona alguna. Y luego, son tan tranquilos y honrados todos estos pescadores! . . . Pero sabéis hasta dónde se encontraron las huellas? . . .

Y al ver que Arienti la miraba ansioso, ella continuó tranquilamente:

—Hasta cerca de la base de la Rocca; sobre los peñascos de la «Gora.» Había, realmente, allí una gran mancha de sangre coagulada; señal evidente de que el bandido se había detenido allí un instante, tal vez agotado.

—Y no habéis explorado más allá? . . .

—Sí, hasta el antro mismo de la «Gora,» donde se precipitan las aguas para seguir un misterioso curso subterráneo que desciende en parte en el lecho del Mincio, tras de Peschiera. Por lo demás, á qué continuar esas pesquisas? . . . Sin duda que la «Esmeralda,» perdida en la fuga, ó arrojada tal vez en las aguas, no se hubiera podido encontrar.

—Es cierto y algo extraño! Pero ese antro

—Oh, no es ciertamente una maravilla de la naturaleza Una cosa bien común á inmediaciones de los lagos y rodeada por demás de leyendas bizarras.

—De cosas de ultratumba? —preguntó bruscamente Arienti.

—Estamos ahora en vuestro terreno, no es cierto, Arienti? Son, por otra parte, leyendas populares; leyendas de sombras y de espíritus! Se dice que el antro está poblado de los espíritus de los muertos que han cometido culpas graves Se asevera, asimismo, que un joven monje de esta Rocca —páramo vetusto de penitentes cansados de la vida,— por una historia de amor, la acostumbrada y vieja locura, ha sido después de muerto condenado á vivir eternamente entre las sombras de la «Gora.» Y sabéis cómo ha muerto? Precipitado en las aguas después de un coloquio nocturno!

—Vaya un fin trágico, ciertamente, y digno de un enamorado!

—Pues bien, en las noches de borrasca, cuando sopla el «Sover,» viento que llega de los montes, y el Benaco alza la onda lívida del furor marino; cuando los toques de la campana de la Rocca llaman á los pescadores de sardinas perdidos en la onda rugiente, los viejos del país dicen á los niños llenos de miedo: «Es el monje que toca!»

Se asegura, también, que suelen escucharse algunas veces sonidos de cuerno ó de campanas, que salen de las profundidades de la «Gora,» y se esparcen á lo lejos. Viejas historias á las que no se debe ciertamente prestar atención. . . .

Tal vez «mi» ladrón habrá sido arraigado por los espíritus de la «Gora,» como aseguran estos ingenuos pescadores!

—Me metéis el diablo en el cuerpo, Condesa! Me habláis de esa desaparición,

tan tranquilamente como si fuesen cosas que á nadie importaran. Y no pensáis que tenéis delante á un gran curioso!

—De manera qué? dijo Sabina, aspirando la última bocanada de humo y arrojando después el cigarro por el parapeto.

—De manera que os anuncio que exploraré los misterios de esa enigmática «Gora»

—Valla, no vale la pena! Es cosa bien mezquina, sin ningún interés, ni geológico ni de otra especie.

—No me lo impidáis, Condesa; siento que me haríais desgraciado!

—Por tan poco? Oh, niño mimado! contestó ella en una carcajada fresca y sonora.

—Visitaré hoy el misterioso lugar de vuestro seductor Benaco. Me acompañaréis, no es verdad?

—Yo? Oh, no, no, os lo agradezco de corazón.

—Al menos hasta los escollos. Yo conduciré la canoa.

—Acepto, pero sólo hasta los escollos, eh? Será una hora de serenidad grandiosa. Pero, doctor, en cuanto á curiosidad, vos superáis á las mujeres!

Y rompió en una alegre risa, que le llenó de púrpura el rostro gentil.

EN EL BENACO.

Había saltado á la canoa, de donde tendió la mano á Sabina, que con ágil brinco se le reunió en el barquichuelo.

Se sentaron; Arienti tomó los remos y bogó tranquilamente, dirigiendo hacia la roca la ligera chalupa.

Caían lentamente las horas más pesadas del día otoñal, y el sol desfallecía en un triunfo de luz purpurina, lejos tras los

escollos que velaba un intenso color violáceo.

Y las inmóviles aguas del lago, se ornaban de interminables estrias luminosas, que cada movimiento de los remos bordaba con destellos de fuego.

Parecía que sobre el plano del Benaco se extendiera un velo, un gran velo todo argentado, todo cintilante de llamas y de oro, cambiante á todo el más leve ondular.

Sabina miraba silenciosa el panorama que se desenvolvía ante sus ojos, como un hermoso sueño de poeta, y que bordaban con una exuberante verdura las riberas floridas, en las que las pequeñas casas señoriales y las cabañas de pescadores, ahora vestidas de sombra, se confundían con el verde mate de las grandes ramas de los vestusos árboles y de las viñas generosas henchidas de repletos racimos maduros.

Se oía distante el grave tañer de alguna campana, y á lo lejos, cerca de la deliciosa Sirmio, algunas velas, pequeñas é incoloras, se destacaban sobre el cielo de un azul profundo, si bien la gran distancia la presentaba esfumadas y apenas perceptibles á la mirada, como si el viento de la tarde las alejase poco á poco, llevándolas en sus alas, hacia el infinito.

Y más hacia el ocaso, frente al sol que moría, surgían múltiples puntos negros: los pescadores de sardinas que se alineaban.

Los remos que Arienti manejaba con habilidad, se abatían tranquilamente y se alzaban goteando para caer de nuevo con golpe rítmico, haciendo en el agua grandes círculos que se alargaban y se perdían á lo lejos, confundándose casi con el marco del lago profundo y enorme.

Pronto se confundió Garda con la verdura oscura del follaje lejano, y se irguió entonces delante de la Rocca; mole salvaje que enarca el dorso festivo entre una explosión de ramaje que los reflejos del

sol tiñen de colores rosáceos y que se esfuma hacia la altura, perfilándose con un tenuísimo relieve.

Las rocas alzaban entonces sus cabezas más grandes, confundéndose con la sombra que anidaba bajo la Rocca, besadas por las ondas que las circundaban de una leve corona de albas espumas.

Arienti guió la canoa hacia los escollos, y la hizo detener donde las aguas, con un murmullo sumiso, parecían recrearse en una profunda cuenca.

Se puso en pie entonces y, sosteniéndose con los remos, dijo á Sabina que miraba tranquila el reflujo fugaz de las ondas:

—La «Gora» está cerca si no me engaño.

—Precisamente, amigo mío —contestó.— Y sería muy buena idea que guiáseis la embarcación hacia allá, cerca de aquel escollo.

Él asintió con la cabeza, y luego con el movimiento habitual, empuñó los remos. La onda se orló de nuevos círculos, cuya armoniosa carrera rompieron los escollos vecinos.

Leve, como una cosa que vuela sobre el viento, el ágil barco traspuso el breve espacio, y sobre el agua, como un dorso gigante, se diseñó claramente la roca; extraño granito negro y áspero, en el que la implacable mordida de las ondas había abierto extrañas y múltiples heridas.

En aquel lugar se detuvo Arienti; después, ya amarrada la canoa, se volvió á mirar á la cuenca por donde el agua se precipitaba, como aspirada por ávida boca, levantando al caer su voz sonora.

—Podéis descender por aquí, Arienti! dijo Sabina levantándose; y señaló con su torneado brazo que surgía dentro de una espuma de encajes, la garganta tortuosa que se perdía entre las rocas, mostrando la obscuridad de sus profundidades inexploradas.



—Me esperáis entonces?... preguntó él dulcemente, mirándola á los ojos.—Seré breve en mi exploración.... creedlo!

—Que sí! os esperaré, amigo mío.... Qué diablos.... querríais acaso que os dejase solo en este escollo, náufrago del Benaco, por un mal capricho femenino?...

Vamos, idos tranquilo; y que la fortuna os asista.

El sonrió ligeramente, imprimió en su mano un respetuoso beso, descendió al umbral del misterio....

(Continuará).



SOY TU PAJE.....

Doy mi beso en tu mano, y tus ojos perversos
me miran, y tu rostro se cubre de arrebol.
Perdona, de rodillas pido tus ojos tersos....
Soy tu paje y te traigo la ofrenda de mis versos,
Rubia flor de Lutecia, hija del gran Rey-Sol!

Los ardientes, los rojos claveles tropicales
aprenden en tus labios divinos á brotar,
y envidian sus carmines la hilera de corales
que acaricia tu cuello de blancuras liliales
formado para el beso, hecho para triunfar!

Adivino en tus grandes ojos claros la pura
radiación de tu alma—una flor de bondad.—
No me nieguen tus ojos su infinita dulzura....
En tu rostro ovalado de una extraña blancura
son pedazos de cielo, son fuentes de piedad!

La luna fundió el oro de tu blondo cabello
y sonrosó tu cuerpo nacarado y gentil;
mira cómo te busca su pálido destello
para encender tus rizos, para besar tu cuello
y tu cuerpo—una lira de nácar y marfil!

Tu espíritu ha soñado con mi espíritu un día
sueños immaculados, sueños blancos de Amor.
¡Oh las notas doradas de mi melancolía:
tus grandes ojos claros en que palpita el día,
tu boca diminuta como una roja flor!

.....
.....

Doy mi beso en tu mano, y tus ojos perversos
me miran, y tu rostro se cubre de arrebol.
Perdona, de rodillas pido tus ojos tersos....
Soy tu paje y te traigo la ofrenda de mis versos
Rubia flor de Lutecia, hija del gran Rey-Sol!

1906.

ÁLVARO GAMBOA RICALDE.

SEPARACION.

Dice «El Imparcial,» de México, en su número correspondiente al día 8 del presente: *El activo é inteligente Redactor de la "Revista Moderna," Señor Don José Juan Tablada, conocido escritor y poeta, se ha separado de dicha publicación con el objeto de atender asuntos de interés.*

«La Revista Moderna de México» no cuenta sino con colaboradores en el país y en el extranjero; unos gratis por su generoso amor al Arte, como el Sr. Lic. Don Jesús Urueta, que nunca ha cobrado un so-

lo centavo á este periódico; otros de paga, como el Sr. Don José Juan Tablada, á quien se le han retribuido todas sus producciones. Si el Sr. Tablada fué el inspirador del párrafo publicado en «El Imparcial,» debió concretarse á dar la noticia de que ya no tenía voluntad de colaborar en nuestro periódico; de la cual toma nota la «Revista Moderna de México,» la da al país y al mundo entero.....y sigue viviendo tranquilamente.

JESÚS E. VALENZUELA.



SOY TU PAJE.....

Doy mi beso en tu mano, y tus ojos perversos
me miran, y tu rostro se cubre de arrebol.
Perdona, de rodillas pido tus ojos tersos.....
Soy tu paje y te traigo la ofrenda de mis versos,
Rubia flor de Lutecia, hija del gran Rey-Sol!

Los ardientes, los rojos claveles tropicales
aprenden en tus labios divinos á brotar,
y envidian sus carmines la hilera de corales
que acaricia tu cuello de blancuras liliales
formado para el beso, hecho para triunfar!

Adivino en tus grandes ojos claros la pura
radiación de tu alma—una flor de bondad.—
No me nieguen tus ojos su infinita dulzura.....
En tu rostro ovalado de una extraña blancura
son pedazos de cielo, son fuentes de piedad!

La luna fundió el oro de tu blondo cabello
y sonrosó tu cuerpo nacarado y gentil;
mira cómo te busca su pálido destello
para encender tus rizos, para besar tu cuello
y tu cuerpo—una lira de nácar y marfil!

Tu espíritu ha soñado con mi espíritu un día
sueños inmaculados, sueños blancos de Amor.
¡Oh las notas doradas de mi melancolía:
tus grandes ojos claros en que palpita el día,
tu boca diminuta como una roja flor!

.....
.....

Doy mi beso en tu mano, y tus ojos perversos
me miran, y tu rostro se cubre de arrebol.
Perdona, de rodillas pido tus ojos tersos.....
Soy tu paje y te traigo la ofrenda de mis versos
Rubia flor de Lutecia, hija del gran Rey-Sol!

1906.

ÁLVARO GAMBOA RICALDE.

SEPARACION.

Dice «El Imparcial,» de México, en su número correspondiente al día 8 del presente: *El activo é inteligente Redactor de la "Revista Moderna," Señor Don José Juan Tablada, conocido escritor y poeta, se ha separado de dicha publicación con el objeto de atender asuntos de interés.*

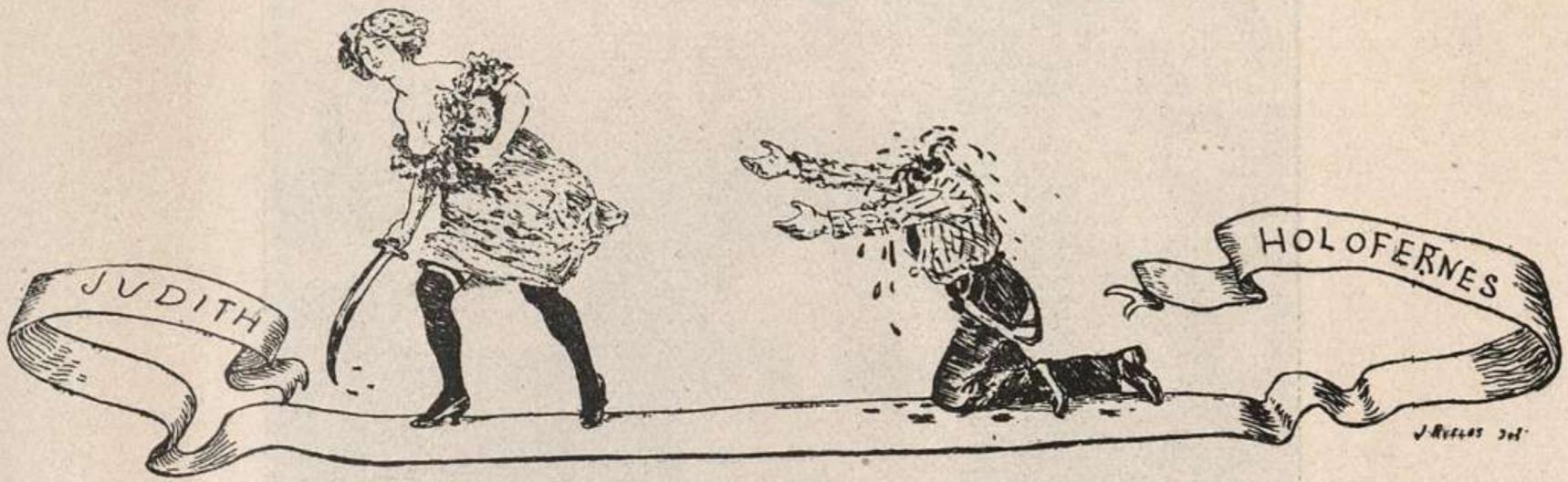
«La Revista Moderna de México» no cuenta sino con colaboradores en el país y en el extranjero; unos gratis por su generoso amor al Arte, como el Sr. Lic. Don Jesús Urueta, que nunca ha cobrado un so-

lo centavo á este periódico; otros de paga, como el Sr. Don José Juan Tablada, á quien se le han retribuido todas sus producciones. Si el Sr. Tablada fué el inspirador del párrafo publicado en «El Imparcial,» debió concretarse á dar la noticia de que ya no tenía voluntad de colaborar en nuestro periódico; de la cual toma nota la «Revista Moderna de México,» la da al país y al mundo entero.....y sigue viviendo tranquilamente.

JESÚS E. VALENZUELA.



Srita. Elena Marín, en «IRIS.»



MEDIOEVAL

Del libro en prensa "LEDOS Y VISIONES."

Enclaustrado ideal á quien adoro,
De frente de marfil y áurea guedeja,
Sal á la ojiva, que allí va mi queja
Volando en alas del laúd sonoro.

Tú eres mi castellana y yo el rey moro
Que ronda, trovador, bajo tu reja,
Donde la luna pálida refleja
Su corva luz entre platino y oro.

Aunque á la voz del plectro no respondas,
Descorre la calada celosía
Y déjame que, al ver tus trenzas blondas,

Admire en medio de la noche el día....
Aún el alba está lejos; no te escondas,
No es hora de que sueñes todavía!....

MANUEL S. PICHARDO.



Cabeza de estudio de Germán Gedovius.

DR. GILDARDO A. SERRANO

MÉDICO CIRUJANO Y PARTERO

DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA DE MEXICO.

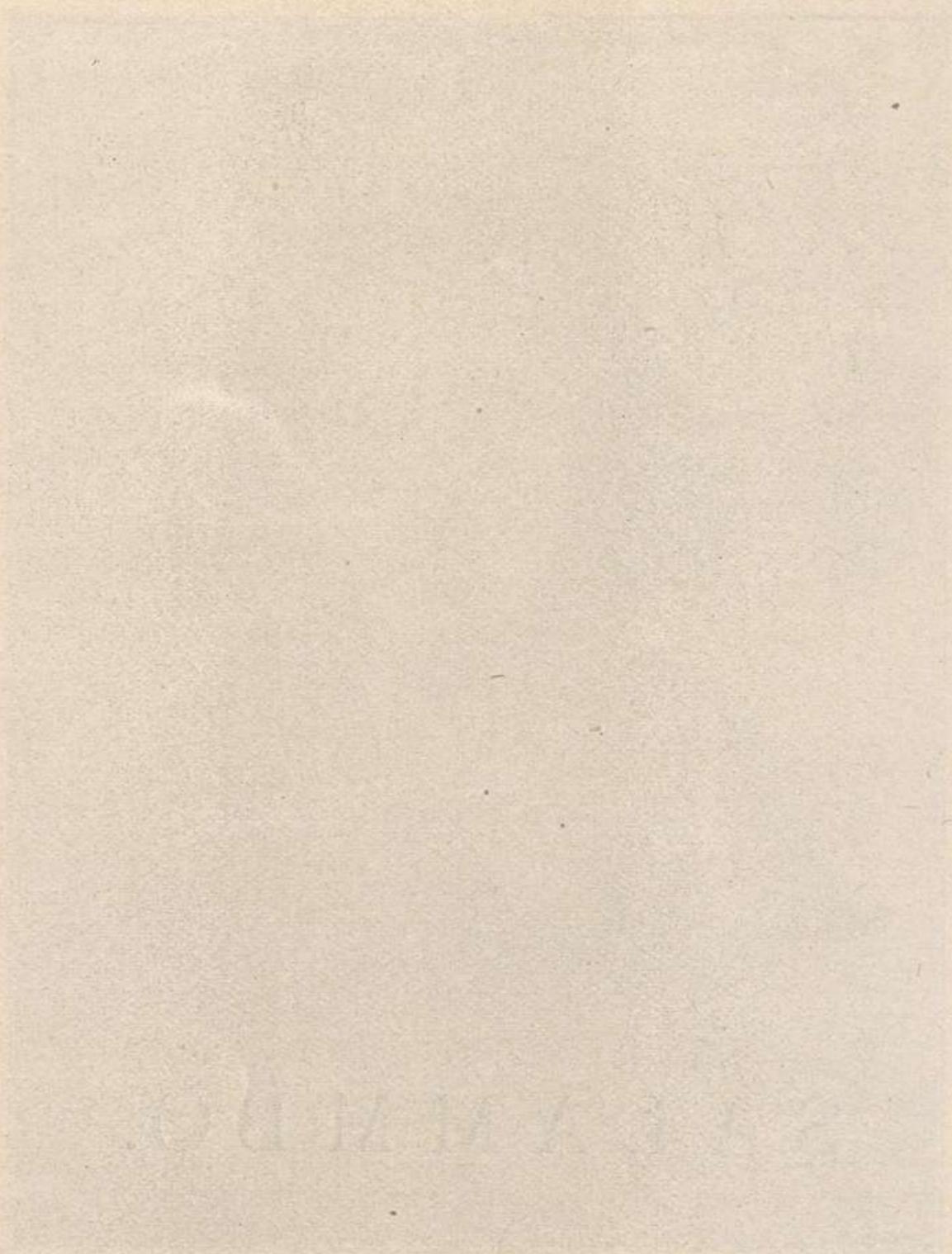


HORAS DE CONSULTA:

DE 9 A 12 Y DE 3 A 6 P. M.

Calle de la Garrapata Número 8

SALAMMBO.



EL VILLARDO I SERRANO

1888

1888

1888

1888

1888

GUSTAVO FLAUBERT.

SALAMMBO

DIBUJOS DE
GEORGES ROCHEGROSSE.

GRABADOS AL AGUA FUERTE DE CHAMPOLLION.

DE LA EDICIÓN FRANCESA DE
A. FERROUD, "LIBRAIRIE DES AMATEURS."



EDICIÓN DE LA "REVISTA MODERNA DE MÉXICO."

MÉXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
SAN ANDRÉS NÚMERO 69.

1906.

GUSTAVO FLAUBERT

SALAMBŌ

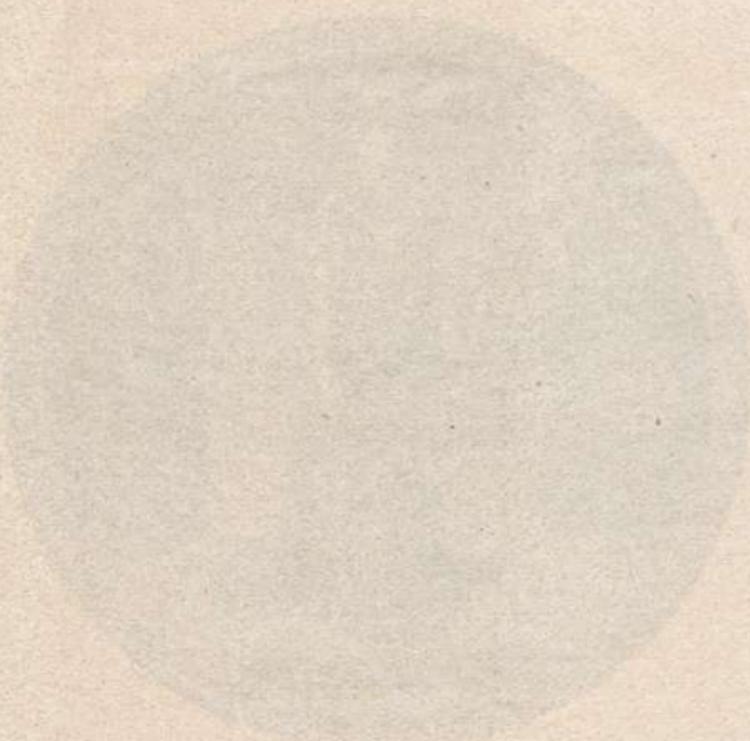
TRADUCCION DE

GEORGES ROCHERON

TRABAJOS AL AGUA FUERTE DE CHAMPOLLION

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

EL PUEBLO LIBRE DE MEXICO



EL PUEBLO LIBRE DE MEXICO

MEXICO

IMPRESA DE LOS SEÑORES

DE LOS SEÑORES

1900

SALAMMBO.

TOMO I.



JK.

Champollion sc.



EL FESTIN.

Fué en Megara, arrabal de Cartago, en los opulentos jardines de Hamílcar, donde los soldados que capitaneó éste en Sicilia celebraban un gran festín para conmemorar el aniversario de la batalla de Erix, y como el jefe estaba ausente, comían y bebían en plena libertad.

Los capitanes, ostentando coturnos de bronce, estaban colocados en la avenida central, bajo un velo de púrpura, franjeado de oro extendido desde la pared de los establos hasta la primera terraza del palacio; los soldados hallábanse bajo los árboles junto á una serie de construcciones de techumbre plana, donde estaban pres-

as, bodegas, almacenes, panaderías y arsenales, y además, un patio para los elefantes, fosos para las fieras y una ergástula para los esclavos.

Las cocinas se levantaban entre un grupo de higueras; un bosque de sicomoros llegaba hasta un gran macizo de árboles y arbustos donde rojeaban las granadas, entre las manchas blancas de los algodoneros; las parras, cargadas de racimos, subían hasta la copa de los pinos; un vergel de rosas embalsamaba el aire bajo los plátanos; de trecho en trecho, sobre el verde musgo, balanceaban su esbelto talle los cándidos lirios; los senderos estaban tapizados de negra arena mezclada con polvo de coral, y en el centro del jardín formaban los cipreses, de un extremo á otro, una doble columnata de verdes obeliscos.

El palacio construido con mármol de Numidia, veteadado de amarillo, ostentaba sus cuatro pisos de desigual anchura. Con su gran escalinata negra de madera de ébano que tenía en los ángulos de cada peldaño la proa de una galera vencida; con sus puertas encarnadas, blasonadas de una cruz negra; sus verjas de cobre, que al nivel del suelo evitaban el paso de los escorpiones, y sus rejas de barras doradas que en lo alto cerraban sus aberturas, aparecía á los ojos de los soldados, en su feroz opulencia, tan solemne é impenetrable como el rostro de Hamílcar.

El Consejo les había designado su casa para celebrar aquel festín; los convalecien-

tes que yacían en el templo de Eschmún, caminando penosamente desde el amanecer, llegaron al palacio, arrastrándose sobre sus muletas. A cada instante llegaban nuevos comensales, y por todos los senderos salían hombres como arroyos que se precipitan en un lago.

Entre los árboles, corrían los esclavos de las cocinas, atareados y medio desnudos. Las gacelas huían balando, el sol se hundía en el ocaso y el perfume de los limoneros hacía más penetrante el vaho de aquella multitud sudorosa.

Había allí hombres de todas las naciones, ligurios, lucitanos, negros y fugitivos de Roma. Mezclábanse al pesado dialecto dórico las silabas célticas que restallaban como las fustas de los carros de batalla, las terminaciones jónicas y las consonantes del desierto, ásperas como los gritos del chacal. Reconocíase al griego por su talle esbelto, al egipcio por sus anchos hombros, al cántabro por sus gruesos jarretes. Los carios balanceaban orgullosamente las plumas de su casco, los arqueros de Capadosia llevaban pintadas grandes flores sobre la piel, y algunos lidios, con trajes de mujer, comían tranquilamente luciendo grandes aretes en las orejas. Otros, pintados por gala con bermellón, parecían estatuas de coral.

Unos, echados sobre cojines, comían alrededor de grandes fuentes, y otros, de bruces, cogían trozos de carne y se alzaban incorporados sobre los codos en la pacífica actitud de los leones cuando devoran su presa. Los que llegaron tarde, de pie junto á los árboles, miraban las mesas bajas, que casi desaparecían bajo tapices de escarlata, y esperaban su turno.

No bastando las cocinas de Hamilcar, el Consejo había proporcionado esclavos, vajillas y lechos; y se veían entre los árboles del jardín, como en un campo de batalla cuando se quema á los muertos, grandes hogueras resplandecientes donde se asaban bueyes. Panes espolvoreados de anís, alternaban con grandes quesos, más pesados que discos, y cráteras llenas de vino estaban junto á cántaros llenos de agua, alrededor de cestas de oro afiligranadas, que desbordaban flores. La alegría de poder hartarse á su placer, hacía chispear todos los ojos y en todas partes empezaban á resonar canciones.

Primero se les sirvió aves en salsa verde en fuentes de arcilla roja con dibujos negros, luego toda suerte de mariscos, recogidos en las costas púnicas, purés de guisantes, de habas y de centeno y caracoles aderezados con comino en fuentes de ámbar amarillo.

Después se cubrieron las mesas de carne. Antílopes de larga cornamenta, pavos con sus plumas, conejos enteros cocidos en vino dulce, piernas de camellos y de búfalos, erizos y cigarras fritas.

En gamellas de madera de Tamrapani, flotaban gruesos trozos de grasa en una espesa salsa de azafrán. Todo estaba recargado de salmuera, de trufas y asafétida. Pirámides de frutos se derrumbaban á veces sobre las fuentes de miel, y no se habían olvidado los cocineros de servir aquellos célebres perritos panzudos de lanas rojas que se cebaban con caldo de aceitunas, tan gustados por los cartagineses y que causaban horror á los demás pueblos.

La novedad de los platos excitaba la avidez de los estómagos. Los galos de larga cabellera se disputaban naranjas y limones que devoraban sin mondar siquiera. Los negros, que nunca habían visto langostas, se arañaban el rostro con las rojas púas. Los afeitados griegos, blancos como los mármoles de su país, arrojaban al suelo los restos de los manjares, en tanto que los pastores del Brucio, cubiertos de pieles de lobo, devoraban en silencio su ración, sin levantar la cabeza del plato.

Cerrada la noche, se retiró el velorio que cubría la avenida de los cipreses, y los esclavos trajeron antorchas.